

CAPÍTULO 2. CÓMO HACER PALABRAS CON COSAS: LA CONCEPTUALIZACIÓN.

2.1) Del *ontos* al *logos*. Reduccionismo conceptual mediante el lenguaje. Necesidad de un punto de partida ontológico para la lingüística.

El primer problema que se le plantea al estudioso del lenguaje es comprender las relaciones entre realidad, lenguaje y mente. La realidad percibida y sus prácticamente infinitas variables son drásticamente reducidas cognitivamente gracias al lenguaje. Los seres humanos se encuentran en una situación única al disponer de una doble percepción del entorno: la percepción natural y la percepción filtrada por el lenguaje. Así, en el **dominio ontológico** del color¹³, p.ej., se calcula que todos los humanos pueden clasificar y diferenciar unos diez millones de variedades. Este poder de discriminación en el color se multiplica en los dominios de las formas y los movimientos. Ante un panorama tan extraordinariamente rico, el hombre no podría tomar decisiones racionales si no tuviera unos mecanismos que le filtraran y redujeran los millones de impresiones que constantemente llegan a su cerebro para poder determinar cuáles de estas impresiones son realmente importantes y cuáles son intrascendentes. El hombre sin lenguaje captaría la realidad como los animales; sólo a través del sistema de organización captancial que le proporcionan sus instintos. Sapir (1921:12 y sig.) expuso así la esencia de la palabra como reflexión generalizada de la realidad:

3) La expresión *dominio ontológico* alude a cualquier zona o sector del paisaje ontológico. Los dominios ontológicos se han de entender de una manera imprecisa puesto que su delimitación objetiva no está al alcance del lingüista. Se habla de dominios ontológicos al referirse al espacio, al tiempo, al movimiento, al color, al sabor, a las emociones, etc. Por *paisaje ontológico* se entiende el conjunto de realidades exteriores e interiores al hombre sobre las que este puede conocer y comunicar.

“El mundo de nuestra experiencia debe ser enormemente simplificado y generalizado antes de que sea posible establecer un inventario simbólico de todas nuestras experiencias sobre las cosas y relaciones, y este inventario es necesario antes de que podamos transmitir ideas. Los elementos del lenguaje, los símbolos que etiquetan la experiencia, deben por tanto estar asociados con grupos y clases delimitadas de experiencia general más bien que con experiencias individuales. Sólo así es posible la comunicación porque la experiencia aislada se aloja en la conciencia individual y como tal es incomunicable. Para ser comunicada necesita ser referida a una clase que sea tácitamente aceptada por la comunidad como una identidad.... El elemento del lenguaje ‘casa’, ante todo y sobretodo, es el símbolo no de una percepción aislada, ni siquiera de la noción de un objeto particular, sino de un ‘concepto’, en otras palabras, de una cápsula de pensamiento que engloba miles de experiencias distintas y que está lista para aceptar miles más”.

Un segundo problema es el de determinar la relación que mantienen los signos del lenguaje con la realidad. Uno de los errores más comunes entre los no-lingüistas es el considerar al lenguaje como una *nomenclatura*, es decir, como un conjunto de etiquetas que corresponden a realidades (conceptos, objetos) generales en todos los pueblos, culturas y lenguas. Nada más lejos de la realidad. Es cierto que el desarrollo de las ciencias ha creado en el mundo moderno un gran número de terminologías en los campos de la química, la física, la biología, las matemáticas, las ingenierías, las telecomunicaciones, etc. que, como tales, son universales y pueden ser entendidas de la misma manera por cualquier persona del mundo. Las terminologías técnicas iniciadas por Linneo en biología y botánica, por Lavoissier en química y por otros en distintas disciplinas, permiten que los textos científicos sean fáciles de traducir de una lengua a otra. Pero, aparte de estas nomenclaturas, las lenguas están constituidas por un vocabulario autóctono cuyas correspondencias con otras lenguas plantean casi siempre problemas.

El origen de la noción del lenguaje como un conjunto de etiquetas que se cuelgan de realidades y conceptos autoevidentes y universales se remonta a los griegos, que dieron por sentado que el lenguaje era universal lo mismo que la racionalidad humana. Los griegos no se preocuparon nunca de estudiar y analizar cualquiera de las muchas lenguas de su entorno. De la misma manera que hicieron ciencia por procedimientos deductivos descartando prácticamente toda experiencia y comprobación hicieron teoría del lenguaje mirando únicamente la lengua griega. Las ideas racionalistas griegas fueron refutadas en la Edad Media por los nominalistas y definitivamente desacreditadas por los empiristas ingleses especialmente por Locke. Sin embargo no fue el empirismo inglés sino el racionalismo de Port Royal el que sirvió de fundamento para los múltiples ensayos que intentaron crear una gramática general, es decir, una lingüística universal.

En el campo de los estudios lingüísticos, por tanto, a pesar de las ideas de Locke y posteriormente de Humboldt el racionalismo ha sido la tendencia dominante. Aun cuando se conoció que diferentes lenguas del mundo tenían palabras y estructuras gramaticales que organizaban el mundo de otra forma, estas fueron consideradas no como formas alternativas de conceptualización sino como formas inferiores de racionalidad y también de lenguaje. Las lenguas europeas se consideraban como la expresión de esta racionalidad universal y las construcciones gramaticales y léxicas de estas lenguas se postularon como la expresión natural del espíritu y pensamiento natural humanos. No hay que extrañarse por tanto que numerosas corrientes de pensamiento lingüístico hayan comenzado desde unos planteamientos apriorísticos. Así, la noción de signo lingüístico ofrecida por Saussure presenta como punto de partida una unión de significante y significado sin cuestionarse previamente cómo se ha llegado a que un significante represente un significado, ni tampoco cómo se forma o configura un significado, es decir, una noción general (para los griegos y para la tradición posterior las ideas generales son innatas al hombre). Sin embargo, la clave de una lingüística universal reside precisamente en analizar y reconocer la existencia de diferentes vías para la creación de ideas generales. En consecuencia, es absolutamente necesario un comienzo lingüístico previo al signo apriorístico de Saussure. Según este comienzo, una extensión determinada de materia prima ontológica (*realia*) pasa a subsumirse simbólicamente bajo una forma lingüística (significante) y esto produce además, en la mente humana una imagen general (significado). Cada signo es como un diputado de una circunscripción ontológica. Es la moneda de cambio mediante la cual ámbitos de la realidad, *realia* concretos o conjuntos de *realia*, se intercambian comunicativamente por signos. La dimensión del signo y muchas propiedades posteriores provienen de este reparto inicial. Al haber partido Saussure de una noción de signo ya hecho, olvidó las repercusiones referenciales del signo, es decir, la influencia que los referentes (i.e. las cosas referidas) tienen en el signo, en su uso y en su valor. Saussure creó signos abstractos, desconectados de la realidad, pero los signos del lenguaje están a veces fuerte y directamente vinculados a ella. En las páginas que siguen se expone cómo un punto de partida ontológico para la lingüística lleva a la necesidad de estudiar las determinaciones biológicas del lenguaje y los distintos procedimientos mediante los cuales se crean signos y sistemas simbólicos.

2.1.1) Las determinaciones biológicas del lenguaje. La segmentación biológica de la realidad.

El lenguaje según algunos biólogos puede haber precedido a la aparición de un sistema nervioso central peculiar del hombre, contribuyendo decisivamente a la selección de aquellas variantes más aptas para utilizarlo. El poder del lenguaje enriqueció no

solamente la interacción y colaboración de los grupos sino la facultad individual para discriminar y seleccionar las realidades del entorno. De ser así sería el lenguaje el que creó al hombre y no el hombre el que creó al lenguaje. Aunque es preferible pensar que ambos se hicieron el uno al otro y se desarrollaron conjuntamente. Gracias a este cocrecimiento los seres humanos vienen al mundo provistos de una serie de órganos y capacidades que posibilitan y determinan el lenguaje. Además de los órganos sensoriales perceptores como la vista o el oído, que compartimos con otros animales, existen órganos específicos como la voz, capacidades mentales como la asociación, la generalización y la memoria y, además, una capacidad para aprender el lenguaje de una comunidad gracias a mecanismos neuronales que son parte de nuestra herencia genética. Existen amplias zonas de la corteza cerebral dedicadas exclusivamente a las funciones lingüísticas. Los lenguajes hablados por el hombre se superponen a su capacidad natural de percepción y conceptualización. Miller y Johnson- Laird (1976:54-57) subrayan a propósito de las categorías cognitivas que el mundo percibido está guiado hacia la constancia (recurrencia). Desde el punto de vista de la supervivencia, los seres deben de evitar tanto la pobreza de la diferenciación perceptual como el exceso de diferenciación. Existen diferenciaciones de las que puede postularse su carácter universal: *localmente cerca /localmente distante; local/ temporal; tiempo presente/ tiempo no presente; singularidad/ pluralidad*, etc. Estas y otras distinciones son la base para formular unos fundamentos ontológico-biológicos universales del lenguaje, aunque hoy por hoy no existe un acuerdo generalizado sobre cuáles son estos fundamentos. Así p.ej., algunas características del ser humano como son la **conciencia de sí mismo** y la **autovaloración** se han pensado y postulado como principios universales. John Haiman (1995) demostró que un estudio translingüístico prueba lo contrario. El ‘uno mismo’ no es algo universal sino un síntoma gramatical de un dualismo específico cultural entre el cuerpo y la mente. Puede incluso que sea una invención occidental. Michelle Rosaldo (1984:102), estudiando a los ilongot, pueblo de Filipinas, constató que estos no conceptualizaban una vida interior diferente a la ‘vida en el mundo’ y que no existía diferencia para ellos entre lo que uno piensa y lo que uno dice. En japonés no existe un pronombre de primera persona, lo que existe es un conjunto de términos de *status* social. En la lengua de Bali se refleja una situación en la que el individuo cuenta poco y todo está determinado por el papel social.

El lenguaje tiende a reflejar todo lo que el cerebro humano capta del exterior. Sabemos, sin embargo, que el cerebro humano en su composición y representación del mundo externo no utiliza todos los posibles elementos, formas de energía, etc., capaces de servir de representación del mundo exterior. Nuestro cerebro capta formas, perfiles de los objetos y también otras características como son el color, tacto, olor, etc. Si el cerebro humano fuera también capaz de captar y diferenciar a distancia otras propiedades, como p.ej. el calor de los objetos, sin duda alguna el lenguaje humano

también las representaría. Naturalmente, estas nuevas magnitudes tendrían que evaluarse en función de su utilidad y, de la misma manera que el color cambia con la luz del día, el calor¹⁴ de los objetos y las personas cambiarían con el paso del tiempo. Pero esto sólo significaría que estamos ante un parámetro menos fiable para definir entidades y objetos, aunque en algunos casos podría ser útil, p.ej., para distinguir hojas de plantas más frescas y apetitosas de otras que no lo son, y por esta razón sería quizá rentable codificar la *temperatura* lingüísticamente.

Según Jackendoff (1990), los humanos vienen al mundo equipados con algunos conceptos elementales como los conceptos de *espacio, tiempo, posesión y dominancia*. Nuestra experiencia del mundo proviene, en porcentajes todavía por determinar, de mecanismos innatos, de determinaciones biológicas anatómicas (sensoriales, perceptuales, etc.) y de nuestro particular adiestramiento lingüístico-cultural. En cualquier caso los humanos no parten de cero cuando segmentan y organizan la realidad en conceptos. Existe una manera 'humana' de captar la realidad, diferente a la captación que hacen otras especies.

Bertalanffy (1955:247) afirmó que “del gran pastel de la realidad, cada organismo viviente corta una rodaja que puede percibir y ante la que puede reaccionar debido a su organización psicofísica, es decir, a la estructura de sus órganos receptores y efectores”¹⁵. Wittgenstein expresó esto mismo con un conocido aserto: “Si un león pudiera hablar, no seríamos capaces de comprenderle”. La idea básica es que cada especie tiene una peculiar y diferente representación e interacción con su entorno específico. Según Bertalanffy:

“De acuerdo con la expresión de von Uexküll, cualquier organismo, por así decirlo, selecciona de la multiplicidad de objetos circundantes un pequeño número de características frente a las que reacciona y cuyo conjunto forma su 'ambiente'. Todo el resto es inexistente para ese organismo particular. Cada animal se rodea, como

4) Algunos animales como la serpiente anaconda se forman una buena imagen de lo que hay a su alrededor y pueden cazar con efectividad gracias a que son capaces de captar diferencias de un grado de temperatura a decenas de metros.

5) Bertalanffy cita numerosos ejemplos de las diferencias captanciales del entorno en hombres y animales. Así, según von Uexküll (1920) existen animales de 'cámara lenta' que perciben mayor número de impresiones por segundo que el hombre. Existe un pez (Betta) que no reconoce su imagen en un espejo si se le presenta 18 veces por segundo y sí la reconoce al ponérsela a 30 veces por segundo. Entonces el pez ataca a lo que cree que es un contrincante. De esto se puede deducir que animales pequeños y activos consumen un número mayor de impresiones que el hombre por unidad de tiempo astronómico. Otros animales como el caracol son por el contrario animales de 'cámara rápida'.

si fuera una burbuja de jabón, de su ambiente específico, llenándolo con aquellas características que son adecuadas para él. Si reconstruyendo el ambiente de un animal entramos en esta burbuja de jabón, el mundo cambia profundamente, muchas características desaparecen, otras aparecen y se encuentra un mundo completamente nuevo”. (Bertalanffy 1955:248)

La biología humana juega un papel importante en la configuración del lenguaje a varios niveles. Existe un nivel mecánico que tiene que ver con el tamaño del cuerpo humano, la inercia y el movimiento. Existe otro nivel en el que se conjugan receptores sensoriales y la estructuración neuronal. La reticulación cortical, sin duda, contiene unas estructuras innatas que actúan como *restringidores* y *potenciadores* en la configuración del conocimiento y del lenguaje. Este diseño neuronal innato, aunque determine en muchos aspectos el lenguaje, no es ni mucho menos tan mecánico y rígido que sólo permita unos tipos de lenguas estructuralmente similares. Por el contrario, todo apunta a que los mecanismos neuronales son suficientemente elásticos como para permitir una gran variedad de diseños lingüísticos, especialmente en lo que al componente léxico de las lenguas se refiere.

Lo biológico en el ser humano está mediatizado por el lenguaje y la cultura que interfieren en la percepción y valoración del mundo exterior. Nuestra captación de la realidad es una captación educada. La percepción de la realidad tiene dependencias de factores culturales y lingüísticos determinantes. Siguiendo el relativismo de las tesis de Whorf, Bertalanffy afirma:

“Las categorías lingüísticas y culturales en general, no cambiarán la potencialidad de la experiencia sensorial. Sin embargo cambiarán la percepción, es decir, determinarán qué rasgos de la realidad experimentada son enfocados y enfatizados y también aquéllos que serán descartados o minimizados” (Bertalanffy, 1955: 253).

Bertalanffy nos ofrece un buen ejemplo de la diferencia entre la experiencia cruda y la experiencia culturalmente condicionada. Cualquier observador ve, básicamente, el mismo cuadro en un museo, pero al mirar una diapositiva bajo un microscopio, lo que una persona ve, es decir, su percepción (y lo que puede comunicar sobre ello), depende ampliamente de si es un observador especializado o alguien sin experiencia. En consecuencia, según Bertalanffy, la percepción es universalmente humana pero la conceptualización está culturalmente limitada ya que depende de los sistemas simbólicos que aplicamos y está determinada en gran medida por factores lingüísticos (y a veces, en algunas disciplinas, por los lenguajes y conocimientos técnicos, como p.ej. el simbolismo matemático).

El relativismo de la captación humana del mundo lleva a plantearnos los límites del conocimiento. ¿Pueden los seres humanos conocer la realidad cuando esta está fuera o más allá de los procesos biológicos y culturales que crean el entorno en el que vivimos? La cuestión no es baldía ya que, por una parte, se plantea en última instancia hasta qué punto puede llegar la especie humana en el conocimiento científico pleno. Por otra parte, se plantea cuáles son los límites del pensamiento que los individuos pueden alcanzar cuando están insertos en una cultura y, por tanto, limitados por ella. ¿Puede p.ej. un nativo de una lengua indígena llegar sin ayuda externa a los mismos conocimientos que los hablantes de una lengua de cultura europea o asiática? Una opinión relativista moderada dice que los condicionamientos lingüísticos y culturales nunca son tan estrictos como para que un ser humano no pueda sobrepasarlos al menos en cierta medida. El ser humano no está tan atrapado en su mundo biológico cultural como lo está una mosca o un perro. Hay por tanto límites a la relatividad. En opinión de Bertalanffy:

“Las formas ‘apriori’ de intuición y las categorías son funciones orgánicas basadas en estructuras corporales de los órganos de los sentidos y del sistema nervioso. Estas tienen incluso un carácter casi mecánico y han evolucionado como adaptaciones a lo largo de millones de años de evolución. De aquí que estén adaptadas al mundo ‘real’ exactamente de la misma manera y por la misma razón que la pezuña de los caballos está adaptada al terreno de la estepa o la aleta del pez al agua. Es un absurdo antropomorfismo pretender que las formas humanas de experiencia son las únicas posibles y las únicas válidas para otros hipotéticos seres racionales.” (Bertalanffy, 1955:257)

El lenguaje es interfaz entre la experiencia del mundo y el conocimiento. Ciertamente el origen de todo conocimiento es sensorial como ya afirmara Locke (1690:II,i,2,42), para quién todos los materiales de la razón y el conocimiento se derivan de la experiencia, bien a través de la sensación o bien a través de la reflexión. Los objetos externos, según Locke, proporcionan a la mente las ideas de las cualidades sensibles, es decir, las diferentes percepciones que producen en nosotros, y a su vez la mente proporciona el entendimiento mediante las ideas de sus propias operaciones. La percepción es algo pasivo mientras que los procesos mentales poseen en diverso grado una atención voluntaria. Las ideas de Locke se corresponden básicamente con las de Whorf respecto a los campos de experiencia externos y personales. La investigación actual (Wierzbicka, 1992:135-179) comprueba en estudios translingüísticos que elementos primarios como son los sentimientos, emociones y sensaciones, son reelaborados culturalmente en formas diferentes por las distintas lenguas (y culturas).

2.1.2) El origen de los signos lingüísticos: innatismo, naturalismo o culturalismo.

Existe una larga discusión en la tradición occidental, que se remonta a la época de los filósofos griegos, respecto al origen de las ideas y las palabras. Hay tres posturas básicas al respecto: la **innatista** que afirma que las ideas son innatas y son parte de nuestra herencia genética; la **naturalista** (también conocida como racionalista) que afirma que las ideas son un reflejo directo de la realidad y la **culturalista** (o relativista) que afirma que las ideas son artefactos simbólicos elaborados por cada cultura. Los griegos fueron los primeros defensores de la postura naturalista, para ellos existía una realidad apriorística que el lenguaje se limitaba a reflejar mediante las etiquetas oportunas. Como antes se ha indicado, esta concepción realista se rompe por primera vez con los nominalistas medievales y, posteriormente, con los empiristas ingleses. A partir de ellos se reconoce que el lenguaje capta sólo algunos aspectos de la realidad. En una posición extrema Berkeley afirmaría que no se capta nada, sino que la mente construye su propio mundo.

En los planteamientos más modernos de la semántica léxica existen posiciones diametralmente opuestas. Para la parte más fiel de los herederos de Chomsky, y en concreto para Fodor (1975, 1981), los símbolos mentales son innatos, lo que conlleva que si las personas conocen aproximadamente 50.000 significados de palabras, entonces poseen unos 50.000 conceptos primitivos que deben ser innatos. Wierzbicka, Levin, Lakoff y otros muchos han señalado el absurdo de esta posición, que lleva a conclusiones contraintuitivas que afirman que conceptos tales como *coche* o *burocracia*, son innatos. Si a esto se añade que los estudios contrastivo-tipológicos del léxico revelan la existencia de cientos de miles, por no hablar de millones, de variaciones léxico-conceptuales, se llegaría a la idea todavía más absurda de que todos los conceptos expresados por todos los pueblos del mundo deberían estar de manera innata en el cerebro de los hablantes, aunque sólo unas cuantas decenas de miles de ellos se activarían en la comunidad lingüística concreta en que el hablante naciera.

Más simple es suponer que los humanos nacen con una capacidad innata de formar conceptos, que están dotados con unas habilidades cognitivas plásticas de tomar del entorno y de su propia psique elementos o ingredientes con los que modelar sus signos, sus categorías, sus palabras. El ser humano nace como un artista nato capacitado para recrear el universo, para forjar múltiples universos mentales. Estos universos mentales no son ni mucho menos independientes del universo real. La **necesidad** y el **azar** están siempre presentes en los procesos *logopoiéticos*. La comparación interlingüística muestra que tanto en los procedimientos gramatogénicos como en los lexicogénicos, es decir, tanto en el diseño del léxico de las lenguas como de las gramáticas, existen tendencias universales. Todos los hechos del lenguaje son soluciones simbólicas y cognitivas a

problemas de captación, referenciación y proposicionalización sobre la realidad. La razón de la diversidad es que para cada problema no existe normalmente una sola solución sino varias posibles (y a veces múltiples). Las soluciones coyunturales que las lenguas dan a los problemas de captación y expresión del mundo pueden ser más o menos económicas desde el punto de vista comunicativo y más o menos elaboradas y detallistas en cuanto a la plasmación de los diferentes dominios de la realidad. Desde un planteamiento global, sin embargo, puede afirmarse que todas las lenguas son igualmente eficaces desde el punto de vista comunicativo y que todas ‘representan’ suficientemente bien su entorno. Whorf, máximo representante del relativismo lingüístico, era tajante al respecto: “La lengua hopi es capaz de representar y de escribir correctamente, en un sentido operacional o pragmático, todos los fenómenos observables del universo” (1956:58).

2.1.3) El paisaje ontológico: los *realia* y el problema de la deconstrucción lingüística de la realidad.

Se entiende por *realia*, de manera imprecisa, cualquier reflejo de realidad externa que llegue a la mente humana. Uno de los problemas de la lingüística y la psicología es cómo percibe la realidad el ser humano con y sin el lenguaje. Nuestro desconocimiento en este terreno es casi total; por ahora tenemos que contentarnos con imaginar lo que sería una mente sin lenguaje aunque esto no es fácil de realizar. Una hipótesis quizá válida para iniciar el planteamiento de la cuestión (aunque no por ello necesariamente cierta) es la que elabora el poeta inglés Robert Graves en su poema *La fría telaraña*¹⁶:

Los niños son mudos para expresar qué abrasador es el día,
 qué intenso el aroma de la rosa en verano,
 qué terribles las negras inmensidades del cielo al atardecer,
 qué terrible el redoble de tambor de los altos soldados que pasan.
 Pero tenemos lenguaje, para enfriar los días airados,
 y lengua, para amortiguar el cruel aroma de la rosa.
 Nosotros conjuramos la inquietante noche,
 y exorcizamos a los soldados y al miedo.

6) *Children are dumb to say how hot the day is,/How hot the scent is of the summer rose,/How dreadful the black wastes of evening sky,/How dreadful the tall soldiers drumming by./But we have speech, to chill the angry day,/And speech, to dull the rose's cruel scent./We spell away the overhanging night,/We spell away the soldiers and the fright./There's a cool web of language winds us in,/Retreat from too much joy or too much fear;/We grow sea green at last and coldly die/In brininess and volubility./But if we let our tongues lose self-possession,/Throwing off language and its watery clasp/ Before our death, instead of when death come/Facing the wide glare of the children's day./Facing the rose, the dark sky and the drums,/We shall go mad no doubt and die that way.*

Hay una fría telaraña de lenguaje que nos envuelve,
 Conteniéndonos de demasiada alegría o demasiado miedo;
 Al final nos tornamos verde marino y fríamente morimos
 en salobridad y volubilidad.

Pero si dejamos que nuestras lenguas pierdan el autocontrol,
 desechando el lenguaje y su húmedo abrazo
 antes de nuestra muerte, en vez de cuando la muerte por fin llegue,
 al enfrentarnos al azul intenso de los luminosos días de la infancia,
 al enfrentarnos a la rosa, al cielo oscuro y a los tambores,
 con seguridad enloqueceríamos y así moriríamos.

Una tendencia lingüística que estudia sistemáticamente lo intuido por Graves en su poema es la representada por el *relativismo lingüístico*. Graves parte de la idea de que la realidad es una masa informe de sensaciones e impresiones a la cual el lenguaje sobreimpone una clausura, una identidad permanente y un orden. Esta idea según la cuales el origen fue el caos y el *logos* puso orden sobre el caos ha sido expresada de muchas maneras por diferentes autores. El lenguaje es un principio de normalización y regulación. El lenguaje al ser un sistema coherente y casi cerrado organiza el entendimiento y las emociones de los hablantes. Bacon decía que el entendimiento humano se inclina a suponer que existe en el mundo un mayor orden y regularidad del que realmente existe. Sobre este hecho crucial que afecta a la propia realidad y a lo que con ella hace el lenguaje escribió Whorf (1956:213):

“Disecionamos la naturaleza a lo largo de líneas trazadas por nuestras lenguas maternas. Las categorías y tipos que aislamos del mundo de los fenómenos no los encontramos allí porque ellos miran a cada observador a la cara, por el contrario el mundo se presenta a través de un flujo caleidoscópico de impresiones que tiene que ser organizado por nuestras mentes, y esto quiere decir principalmente los sistemas lingüísticos que están en nuestras mentes.”

Whorf buscó en las lengua amerindias ejemplos que avalaran su tesis. Así p.ej. afirmó que el hopi segmenta las manifestaciones acuosas en *pa:hə*, ‘agua salvaje’, y *kə:yi*, ‘agua fija’ (Whorf,1956:210). La primera es la que se encuentra en ríos, arroyos y también la que sale de los grifos. La segunda es la que se encuentra en un vaso o jarra o bien derramada en el suelo. En hopi el fenómeno de la luz se designa mediante *ta:la*, ‘luz difusa a través del espacio’ (que es también la palabra para ‘día’) y *qö:hi*, ‘esencia luminosa dentro de un perfil’ (que es también la palabra para ‘fuego’). La ‘lluvia’ en hopi representa un fenómeno mucho más segmentado que en nuestras lenguas. El término *yowyan* podría definirse como el complejo de lluvia o el aspecto lluvioso de la naturaleza en el cual se incluye todos los fenómenos que se manifiestan en una tormenta.

Así el ‘trueno’ y el ‘relámpago’ no son entidades aisladas sino meros epifenómenos del poder de la lluvia.

Whorf explica en otro lugar las diferencias de visión del mundo que surgen de usar lenguas distintas (1956:240):

“Las lenguas no difieren sólo en cómo construyen sus oraciones sino también en cómo descomponen la naturaleza para asegurar los elementos que se pondrán en esas oraciones... Los términos ingleses como *sky*, *hill*, *swamp* (‘cielo’, ‘colina’, ‘pantano’) nos persuaden para ver estos elusivos aspectos de la infinita variedad de la naturaleza como objetos distintos, casi como una mesa o una silla. El inglés y lenguas similares nos inducen a pensar en el universo como una colección de objetos y eventos distintos, cada uno correspondiente a una palabra. Realmente esta es la visión de la física y la astronomía clásicas, según las cuales el universo es una colección de objetos de distinto tamaño.”

La expresión ‘flujo caleidoscópico’ usada por Whorf puede dar la falsa impresión de que la realidad es un torbellino, un caos y que toda la organización del mundo depende de la mente de los hablantes, que realiza esta tarea exclusivamente mediante el lenguaje. En realidad existen múltiples maneras en las que el mundo está preorganizado para el lenguaje, tanto por la estructura ontológica propiamente dicha (estructura del mundo), como por los *filtros biológicos* de captación del mundo que tienen los seres humanos. Entre lo que ocurre en nuestro cerebro y la realidad existen vínculos objetivos, aunque realidad y representación mental no son isomórficos. Nuestra mente y los procesos que en ella ocurren no necesitan ser un espejo fidedigno del entorno pero ha de existir, al menos, una cierta aproximación entre ambos porque si la conciencia fuera totalmente arbitraria al cerebro le resultaría difícil configurar una interacción efectiva con el entorno. Por lo tanto, es de suponer que sí existe un cierto grado de isomorfismo entre el mundo percibido y pensado y el mundo real.

2.1.4) De la materia ontológica a la forma simbólica. Dos modelos tradicionales de analizar la realidad.

Existe una **materia prima ontológica** del lenguaje que incluye tanto el universo físico exterior como el universo psicológico interior del hombre. La mayor parte de nuestro conocimiento se obtiene a través de las perturbaciones electromagnéticas que percibimos mayormente en forma de ondas de luz, aunque existen otras vías por las cuales adquirimos conocimiento de nuestro entorno. Es a partir de todo este conjunto de realidades y fenómenos percibidos (conocidos como *realia*) de donde el lenguaje ha de crear sus signos. La conversión de la materia prima ontológica en materia simbólica ha

sido vista bajo tres perspectivas básicas a lo largo de la historia del pensamiento filosófico. Una teoría plantea que el lenguaje refleja el pensamiento y este a su vez refleja la realidad. Otra teoría dice que el lenguaje determina el pensamiento sin relación alguna con la realidad. Por último, una tercera teoría postula que el lenguaje es reflejo libre aunque no totalmente desvinculado de la realidad. Todas las evidencias conocidas apuntan a que este tercer enfoque del lenguaje es el más adecuado para seguir construyendo la ciencia del lenguaje. Los límites exactos de la fidelidad del lenguaje a la realidad o de su extrañamiento han de ser todavía investigados y establecidos. En todo caso, resulta de interés para el lingüista recordar algunas de las distintas maneras mediante las cuales se ha visto la realidad por diferentes pensadores y culturas.

Como es bien conocido, Aristóteles enumeró diez categorías filosóficas divididas en **substantia** (sustancia) y **accidentes**: *quantitas* (cantidad), *qualitas* (cualidad), *relatio* (relación), *actio* (actividad), *passio* (pasividad), *ubi* (lugar), *quando* (tiempo), *situs* (posición), *habitus* (circunstancia, estado). En la Edad Media los *modistae* crearon, siguiendo la teoría de Aristóteles, un pensamiento sobre los modos de ser, los modos de comprender y los modos de significar. El nombre que daban a sus trabajos era el de gramáticas especulativas. Estos modos se basaban en las características aristotélicas organizadas de la siguiente manera:

1. Sustancia	SUSTANCIA	
vs.		
2. Cantidad		
3. Cualidad		VS.
4. Relación		
5. Lugar		
6. Tiempo		ACCIDENTES
7. Posición		
8. Circunstancia		
9. Actividad		
10. Pasividad		

Benveniste (1971:63-74) denunció el círculo vicioso de las categorías aristotélicas ya que se basan en un calco inconsciente de la estructura lingüística de la lengua griega. En la Edad Media las categorías de Aristóteles se aplicaron de nuevo al lenguaje para explicar la división en partes de la oración (sustantivos, verbos, adjetivos, etc), cerrándose así el círculo.

Resulta interesante comparar las categorías de Aristóteles con la ‘descomposición’ del mundo realizada por los filósofos indios. Según el *Tarkasamgraha* de Annambhatta (Altuchow, 1959) el universo se (des)compone de la siguiente manera:

- 1) Hay siete categorías: sustancia, cualidad, acción, generalidad, particularidad, inherencia e inexistencia.
- 2) Hay solamente nueve sustancias: tierra, agua, fuego, aire, éter, tiempo, espacio, alma, mente.
- 3) Hay 24 cualidades: color, sabor, olor, tangibilidad, número, dimensión, segregación, conexión, separación, lejanía, cercanía, pesadez, fluidez, viscosidad, sonido, intelecto, placer, dolor, deseo, odio, esfuerzo, virtud, vicio, disposición,.
- 4) Hay cinco acciones: ascenso, descenso, contracción, expansión, desplazamiento.
- 5) La generalidad es de dos clases: superior e inferior.
- 6) Pero las particularidades, que se hallan en las sustancias eternas, son infinitas.
- 7) La inherencia es solamente una.
- 8) Hay cuatro clases de inexistencia: la previa, la que se da por aniquilación, la absoluta, y la recíproca.

Las nociones manejadas por griegos y por indios son relativas a la lengua y al pensamiento filosófico que las creó. Otras culturas y otras filosofías han percibido en la realidad otras categorías y han interpretado el mundo en otras claves.

2.1.5) La reproducción de la realidad mediante signos ‘discretos’ y mediante signos ‘continuos’.

La expresión de dominios ontológicos mediante medios lingüísticos predominantemente icónicos y analógicos ha sido detectada en algunas lenguas del mundo¹⁷. Lucia N. Omondi (1997) ha estudiado la lengua dholuo en la que aparecen expresiones ‘no discretas’. El dholuo es una lengua africana nilótica occidental de la familia sudanesa, del grupo chari-nilo dentro del phylum nilo-sahariano, que se habla mayoritariamente en las orillas orientales del lago Victoria en Kenia y también en otras partes de Uganda y Tanzania.

Una característica destacable del dholuo es la expresión suprasegmental de los contenidos proposicionales. De esta manera, cualquier oración declarativa, como p.ej.,

7) En todas las lenguas existen algunos ámbitos de la expresión en los que es esperable la ‘no discreción’. La frecuente expresión de dolor ‘ay’ en español se puede alargar y elevar de tono: *Aaay* y *AAAaay*, correlacionando la intensidad del dolor con la expresión lingüística.

'*La vaca está comiendo hierba*', puede hacerse que exprese emociones como ira, espanto, sorpresa o amor mediante medios *ad hoc*. Estos medios son la entonación, la variación de acento, el énfasis, la velocidad de expresión, la voz alta o baja. Así, una expresión como *koth chuwe* 'está lloviendo', (lit. 'lluvia está lloviendo') puede matizarse según diferentes contextos. Así, p.ej., si lo dice alguien que entra en una casa y se dirige a sus ocupantes, con la intención implícita de que, en su opinión, debiera haberse hecho algo antes de que lloviera, como proteger el grano de la lluvia, puede entonarla de tal manera que todo el mundo capte el sentimiento de sorpresa o de reprobación y todos se apresuren a hacer lo necesario.

Transcribir fonológicamente los muchos cambios que recibe la oración en dholuo es difícil, dado que nuestra transcripción gráfica o fonológica no suelen tener signos adecuados para transcribir la entonación, deje, énfasis, etc. Es decir, los rasgos suprasegmentales no tienen una fácil transcripción como la que tienen los elementos segmentales (los fonemas). Un ejemplo aproximativo de cómo varía en dholuo una frase imperativa como *bed piny* 'síntese' sería el siguiente:

bed (síntese)
bedi (¡síntese!)
beeed (¡SIÉNTESE!)
beeediii (por favor, síntese)

La prolongación de la *e* es resultado del mayor énfasis, o lo que es igual, de hacer el acto de habla más imperativo, mientras que la *i* se liga a la expresión de cierta ternura. Pensemos en el español en expresiones como *por favor*, que se pueden modular para añadir súplica, orden tajante, condescendencia, etc. El español, como otras lenguas, no desdeña el uso de los recursos suprasegmentales para transmitir emociones. Estos recursos suprasegmentales, como se ha indicado anteriormente, van ligados a un *paralenguaje* cinésico mediante el cual la expresión de la cara, el color, la tensión muscular, etc. contribuyen a enviar un *paramensaje* junto al mensaje puramente verbal. En una lengua como el español los estados anímicos o las emociones son expresados a menudo mediante algunos ruidos onomatopéyicos, así, p.ej., el disgusto o la impaciencia mediante un chasquido de la lengua. Al mismo tiempo, existen no solamente manifestaciones fisiológicas naturales que acompañan a ciertos estados emotivos, como movimientos musculares, enrojecimiento de la piel, etc. sino incluso ciertas convenciones en los gestos para indicar estados anímicos. Así, p.ej., un padre, para comunicar a un hijo que está enfadado, puede fruncir el ceño o hacer determinados movimientos con los ojos. Para expresar sentimientos tristes o compasivos movemos la cabeza de un lado para otro. Lo cinésico y lo onomatopéyico son medios paralingüísticos para expresar emociones tales como ira, disgusto, desaprobación, compasión, etc. que

están más o menos desarrolladas y codificadas en las diferentes culturas. Los dholuo poseen un amplio abanico de medios onomatopéyicos y cinésicos para expresar sus estados emocionales, que suelen ir combinados de manera sistemática con recursos puramente lingüísticos.

El español tiene como todas las lenguas medios de expresión suprasegmentales que modulan los significados segmentales y aportan una capacidad elástica en la expresión de cantidades, énfasis, seriedad, autoridad, simpatía, amabilidad, etc. En la lengua hablada es frecuente encontrar usos como: *muchíiiiisimo*, *enooooorme*, *yaaa*, *pequeñiiiito*, *bueníiiiisimo*, '*chiquitillo chiquitillo*', '*café-café*', etc, que constituyen auténticas *desdiscrecionalizaciones* de los signos. El español, sin embargo, se diferencia del dholuo en que no utiliza tales recursos de manera sistemática y reglamentada. La lengua dholuo y su expresión suprasegmental nos remite quizá a un posible estadio previo de los lenguajes naturales en el que signos discretos y no-discretos se combinarían y reforzarían mutuamente en la comunicación, de manera mucho más frecuente de lo que actualmente ocurre en las lenguas.

2.1.6) Universales de denominación. Tendencias generales en los procesos de ósmosis y transferencia nocional.

Transferencias sintagmáticas de significado.

Las transferencias de significado pueden hacerse por medio de procedimientos que tienen un fundamento cognitivo como son la metáfora, la metonimia o la sinestesia, y también sin que tengan ningún fundamento cognitivo como es el caso de la transferencia sintagmática de significado. En el discurso, determinados elementos independientes aparecen conjuntamente según las reglas sintácticas de cada lengua. Así el adjetivo suele aparecer junto al sustantivo y los complementos junto al verbo. La mecánica de la **transferencia semántica** se basa en la dualidad forma- significado. El oyente percibe formas y significados pero a veces no sabe repartir o adjudicar exactamente el significado que corresponde a cada forma. De esta manera la carga semántica de ciertas formas se desplaza a otras formas. A menudo ocurre también que la economía del lenguaje favorece el desplazamiento del significado de un elemento del sintagma a otro que absorbe todo el significado reduciéndose al mismo tiempo la expresión formal ya que el otro elemento parece superfluo, produciéndose así la **absorción semántica**. Numerosas designaciones de frutos como 'manzana', 'avellana', etc., proceden de la reducción de sintagmas. 'Avellana' es la reducción de *Abellana nux*, nuez de Abella, ciudad de Campania. El adjetivo absorbe el significado del sustantivo. Igualmente 'manzana' es la reducción de *Mattianum malum*. *Mala mattiana* era el nombre de un tipo

de manzanas llamadas así en memoria de Caius Mattius. Igualmente, ‘prisco’ es la reducción de *persicum malum*. En el español actual el verbo ‘caer’ ha adquirido un nuevo valor absorbiendo el significado de ‘caer en la cuenta’ (darse cuenta de repente de algo, comprender algo). Se dice ‘ahora no caigo’ con el sentido de ‘ahora mismo no recuerdo’.

Existen cuatro posibilidades básicas de transferencia:

- 1) Del sustantivo al adjetivo.
- 2) Del adjetivo al sustantivo.
- 3) Del verbo al complemento.
- 4) Del complemento al verbo.

De estas las más frecuentes son las dos siguientes:

1) Del sustantivo al adjetivo: *novillo* de buey noviello, *jabalí* de puerco jabalí, *medias* de medias calzas, etc. En principio existe un sustantivo sobreentendido en la expresión y finalmente se olvida por completo la existencia del sustantivo.

3) Del verbo al complemento: El verbo a menudo absorbe el significado del complemento, así como de cualquier expresión idiomática de la que forme parte. Se denominan ‘verbos preñados’ (Bréal, 1924:156) a aquellos que han absorbido el significado del complemento; en español mejicano ‘me doy’ por ‘me doy por vencido’.

Patrones universales de denominación y transferencia semántica.

Los estudios translingüísticos demuestran que existen procedimientos recurrentes en las distintas lenguas del mundo para expresar una idea tanto gramatical como léxica. La semántica ha estudiado desde Bréal los tipos de transferencias más usuales en las lenguas. Existen evoluciones que se repiten en todas las lenguas y en todas las épocas. Se conoce y nombra pasando de lo familiar a lo menos familiar, lo que implica que las captaciones secundarias son un análisis, una interpretación de algo en clave de algo diferente. Dos de las transferencias más frecuentes son la que transfieren nociones espaciales a otros tipos de nociones y la que transfieren nombres de partes del cuerpo a otras o viceversa.

1) **Trasferencias de términos espaciales.** El espacio sirve para expresar otra serie de dimensiones específicas como son (Clark y Clark, 1978:237-268):

a) **Estados y cambios de estado.** Los estados son análogos a lugares y los cambios de

estado análogos a movimientos de un lugar a otro. Se dice: ‘un color se le iba y otro se le venía’, ‘su hijo se volvió un canalla’, ‘entró en/ salió del coma’, etc.

b) **Relaciones casuales.** En opinión de muchos lingüistas todos los casos se piensan de manera análoga a relaciones espaciales. El dativo es un ‘receptor’, es decir, la meta o el fin de un trayecto; el genitivo es un origen o procedencia, etc.

c) **Poseisión.** En muchas lenguas el posesor es tratado como un lugar y el objeto poseído como un objeto que está en ese lugar. Los franceses dicen: *Le livre est à moi* (el libro está donde yo); de igual manera el ruso expresa la posesión con la construcción *u minia (tebia, etc.) est sestra* (lit. ‘donde yo, tú, etc., hay hermana’). En maya yucateco no existe el verbo ‘tener’ y se expresa con el verbo *yan* ‘hay’. Así, *¿yan tech taak’in?* se traduce por ‘¿tienes dinero?’ aunque el significado literal es ‘¿hay para ti dinero?’

d) **Tiempo.** En prácticamente todas las lenguas el tiempo se expresa en términos espaciales. En español se dice ‘desde las cinco a las seis’ de igual manera que ‘desde Madrid a Barcelona’; ‘en día festivo’ lo mismo que ‘en la ciudad’.

e) **Referencia definida.** El artículo definido *el* es básicamente un locativo, ‘el hombre’ equivaldría a ‘el hombre que está ahí’. Esto permitió que pronombre demostrativos latinos como *ille* (aquél) evolucionaran al artículo definido en español.

f) **Temperatura.** La temperatura se conceptualiza de manera análoga a la altura. La dirección hacia una temperatura más elevada corresponde a la mayor altura.

g) **Status.** El *status* social se conceptualiza como la altura: *tener una posición alta, la gente baja, bajar/subir de categoría, elevarse/ subir socialmente*, etc.

h) **Emoción.** Las emociones se tratan como la sustancia o fluidos dentro de un contenedor. Se habla de *dar rienda suelta o de contener la emoción/ira*. Igualmente se dice: *estoy que reviento; estoy a punto de explotar; le hierve la sangre*, etc. En inglés: *you make my blood boil; he's just letting off steam; he blew up* (Lakoff, 1987:380-1).

i) **Mente e ideas.** Lo mismo que las emociones, la mente se considera como un receptáculo y las ideas como objetos que salen, se meten o se mueven dentro de él: *darle vueltas a una idea, meterle una idea en la cabeza a alguien, no salirle una palabra a alguien*, etc.

2) **Tipos de transferencias somatológicas.** El cuerpo humano es la primera línea de avance y defensa de las personas en relación con su entorno. De aquí que sea el punto

de partida más usual para proyectarse lingüística y cognitivamente sobre las realidades que circundan al hombre. Un rasgo repetido en las lenguas primitivas es la gran abundancia de denominaciones que tienen un origen somático. A su vez tales realidades sirven también para dar nombre a partes del cuerpo. Las transferencias somatológicas pueden ser (Heine, 1997:132; Walsh, 1996:327-281; C. Thompson, 1996):

a) **De objeto a parte del cuerpo.** El término ‘pupila’ en muchas lenguas se deriva de la denominación de un ser humano pequeño como niña o chico ya que al mirar en la pupila aparece reflejado a pequeña escala el propio espectador. En otras lenguas se expresa como la ‘candela del ojo’ (galés), el ‘escarabajo del ojo’ (húngaro), el ‘granizo del ojo’ (maorí), etc. Las designaciones para ‘pulgar’ o ‘dedo gordo’ suelen revestir la forma de ‘la madre de la mano/ del pie’ y los restantes dedos suelen tener la denominación de ‘hijo, niño de la mano/del pie’. La muñeca en español recibe este nombre por su comparación con un juguete de niña, aunque naturalmente lo más frecuente es visualizarla y denominarla según su función; así el inglés *wrist* procede de una raíz indoeuropea (**wer*) que significa ‘doblar’. La noción de ‘músculo’, por su apariencia, recuerda a un ratón pequeño y de ahí el lat. *musculus*. En otras lenguas se utilizan animales como ‘conejos’, ‘lagartos’, ‘sapos’ o ‘terneros’. El concepto de ‘testículo’ tiene las denominaciones de ‘huevo’, ‘piedra’, ‘bola’, ‘semilla’, ‘fruto’. Muchas designaciones son compuestas. En inglés ‘sobaco’ es *armpit* (lit. ‘el pozo del brazo’), la ‘órbita ocular’ es *eye socket* (lit. ‘la cavidad del ojo’), el ‘omóplato’ es *shoulder-blade* (lit. ‘la hoja del hombre’). Otras partes del cuerpo se asocian a determinados objetos o instrumentos usuales. Así ‘espalda’ proviene de *spatula* (diminutivo de *spatha* ‘espada’) que es el nombre de un instrumento parecido a uno de los huesos del hombro. La medicina moderna dio nombres como ‘estribo’, ‘martillo’, ‘yunque’, a huesos que presentaban cierto parecido con los objetos designados por estas palabras. En otros casos los huesos tienen denominaciones griegas aunque siguen el mismo procedimiento de denominar por parecidos formales. Así ‘escafoides’ (‘forma de barca’), ‘etmoides’ (‘forma de criba’), ‘parietal’ (‘de una pared’), etc.

b) **De una parte del cuerpo a otra.** En casi todas las lenguas del mundo ciertas partes del cuerpo son equiparadas a otras o bien ciertas partes se reinterpretan como una parte ubicada en otro lugar. Los términos que se usan como referentes son aquellos considerados más importantes, es decir, los que están en la parte superior del cuerpo y en la cara. Esto hace que p.ej. en muchas lenguas, incluido el español, se hable de los ‘dedos de los pies’, pero en ninguna lengua existe lo que en inglés se designaría *toes of the hand* (lit. ‘los [dedos del pie] de la mano’). Esto quiere decir que términos como ‘cara’, ‘dedo’, ‘cuello’, ‘codo’, ‘nariz’, ‘muñeca’, etc. son términos primarios que dan origen a designaciones secundarias para otras partes del cuerpo. Existen algunos pocos ejemplos que contradicen esta tendencia general. Así, en hausa ‘codo’ se expresa como

la ‘rodilla del brazo’ (*gwiwár hannu*) (Andersen, 1978:356). Lo normal sin embargo son construcciones como las que aparecen en tzeltal (Levinson, 1994:805) en las que *s-ni’ x-chu’* ‘pezón’ se expresa como la ‘nariz del pecho’ (*sni* = nariz) y *s-jol y-akan* ‘rodilla’ como la ‘cabeza de la pierna’ (*s-jol* = cabeza). En turco (Lewis, 1967:232) ‘pulgar’ es *başparmak* (lit. ‘la cabeza del dedo’) compuesto de *baş* ‘cabeza’ y *parmak* ‘dedo’. En mazateco ‘ceja’ es *tsja tuxcun* (lit. ‘la mano del ojo’). En amele (Roberts, 1987), la laringe es *dodol gee-g* (lit ‘el pene de la garganta’; *dodol* ‘garganta’; *gee-g* ‘su pene’).

c) **De parte de cuerpo a objeto inanimado.** Como se ha indicado, las partes del cuerpo constituyen el inventario más inmediato de nociones y designaciones a través de las cuales reciben nombre numerosas realidades y actividades. A los humanos les resulta fácil proyectar su propio esquema corporal a otros animales y objetos. Hablamos en español de la ‘boca de la cueva’, del ‘ojo del huracán’, de los ‘ojos de la patata’, del ‘ojo de la cerradura’, del ‘ombligo del mundo’, de la ‘espalda de la casa’, del ‘culo del vaso’, del ‘pie de la torre’, etc. Existen lenguas como el murrinhpatha (Walsh, 1996) que utilizan los elementos somáticos con mucha mayor abundancia que la nuestra. Diversas designaciones corporales tienen tendencia a indicar las mismas nociones en distintas lenguas. Así ‘nariz’ es punta; ‘boca’ es borde, orificio, filo, etc. En tzeltal la palabra *s-ti’* ‘boca’ significa también ‘filo’, p.ej. el filo de una hoja o el canto de una mesa. ‘Cuello’ es sección estrecha de un contenedor; ‘cabeza’ es extremidad, parte superior de algo, posición avanzada, persona que dirige, lugar que centraliza a otros, parte prominente y superior de un objeto, etc.; así, en kogui, lengua de Colombia (Ortiz Ricaurte, 2000: 760-770) ‘techo’ es *hu’ sankala*, palabra formada de *hui* ‘casa’ y *sankala* ‘cabeza’; ‘espalda’ es la parte posterior de un objeto; ‘pie’ es la parte inferior de un objeto; ‘brazo’ es ramificación que sale de un objeto (los brazos de la lámpara, grúa, etc.); ‘cara’ o ‘faz’ es la superficie delantera de un objeto, etc. En todas las lenguas son numerosos los casos de transferencia designacional de las partes del cuerpo mediante procesos metafóricos o metonímicos. Incluso nombres inventados *ad hoc* por los científicos utilizan este procedimiento. La palabra *orquídea* se creó en el siglo XVIII a partir del griego *orjideon* (lit. ‘pequeño testículo’).

2.1.7) Patrones universales de extensión semántica. La extensión semántica como generalización y como expansión.

Se conoce por **extensión** semántica la ampliación de significado de un signo. La extensión puede producirse como una **generalización**. Así, una palabra como ‘perro’ podría expandirse hasta llegar a designar a todos los animales; aunque este tipo de cambio semántico es improbable ya que ‘perro’ es una categorización de nivel básico y de referencia directa que es de gran utilidad en la posición que ocupa. Si ‘perro’ pasara

a designar a todos los animales perdería su capacidad para designar a los perros. Designaciones de colectivos como ‘animales’ o ‘plantas’ se obtienen de otra manera. *Animalis* en latín significa ‘viviente’ y viene de *anima* ‘alma, soplo’. Los procesos de generalización ocurren en aquellos casos en que una designación concreta puede extender su significado sin que ello merme la capacidad designacional de la lengua, bien porque sean compatibles los significados específicos y genéricos o bien porque la palabra en cuestión no tenga demasiada utilidad designacional con su extensión semántica reducida. Así, *impedimento* o *traba* de designar la ‘atadura en las patas de las bestias’ pasan a designar un obstáculo en general. Lo contrario de la generalización es la restricción mediante la cual un término como ‘perro’ pasa a designar un tipo o variedad específica. Así, la palabra inglesa *hound* (sabueso, perro de caza) procede de una raíz indoeuropea **kwon* que da, entre otros, el griego *kyoon*, el latín *canis* y el alemán *Hund*. En latín ‘materia’ ha dado el español ‘madera’ que es sólo una variedad específica de materia o material.

Otra forma frecuente de **extensión o expansión semántica** ocurre cuando una palabra mediante un proceso metafórico, metonímico o sinestésico adquiere nuevos valores. Así el español ‘coger’ se expande desde la idea física de ‘agarrar’ a otras nociones como ‘comprender’, ‘infectarse con una enfermedad’, etc. Cualquier término de la lengua puede soportar perfectamente un promedio de siete u ocho acepciones distintas. En el caso de los verbos más frecuentes estas acepciones se cuentan por docenas. El verbo *get* en inglés tiene varios cientos y lo mismo ocurre con el español *dar*. El verbo es un tipo de palabra que soporta mejor la polisemia puesto que va respaldado por el sujeto y otros argumentos en la oración que funcionan como elementos desambiguadores. Así, ‘coger un libro’, ‘coger un resfriado’, ‘coger un cabreo’, ‘tengo que coger el autobús’, ‘nos cogió un atasco’, ‘en el coche no coge nadie más’, ‘este coche coge los cien kilómetros en ocho segundos’, ‘hemos cogido un apartamento para el verano’, ‘te cojo la palabra’, ‘tu casa me coge de camino’, etc.

Los adjetivos por naturaleza poseen una semántica referencial simple, es decir, suelen designar una sola característica. Esto no impide que puedan ser muy polisémicos. El adjetivo ‘bueno’ en todas las lenguas presenta multitud de acepciones (*buen* padre, *buen* tiempo, *buen*a paliza, etc.). El que adjetivos que designan colores hayan llegado a ocupar determinados valores, por ejemplo, ‘rosa’ en novela *rosa*, ‘amarillo’ en periodismo *amarillo* o ‘verde’ en chiste *verde*, representan tanto asociaciones metonímicas y sinestésicas universales como evoluciones particulares dentro de una cultura lingüística. ‘Verde’ tiene un valor universal asociado a las hojas *verdes*, a la fruta *verde*, etc. Los adjetivos de color también pueden tener una historia particular y especial. Así por ejemplo, ‘verde’ en español ha llegado a significar ‘indecente’ como resultado de una cadena de pasos como la siguiente. ‘Verde’ en las plantas y frutas significa

‘joven’, opuesto a ‘maduro’. Se creó la designación ‘viejo verde’ para aquellas personas de edad que querían seguir siendo ‘jóvenes’. Cómo lo típico de un ‘viejo’ que ‘quiera ser joven’ es tener tratos con chicas jóvenes, la moral imperante calificó la actitud como ‘indecente’, ‘inmoral’ y de aquí pasó a la designación ‘chiste verde’, ‘historia verde’. En japonés el adjetivo *aka* ‘rojo’ está asociado de manera natural a la vergüenza. Así en la expresión *akahaji* (lit. ‘vergüenza roja’) que significa ‘vergüenza total, desgracia completa’. El color aquí hace alusión al color de la cara cuando una persona se avergüenza y aparece en diversas expresiones españolas como ‘sacarle a uno los colores’, ‘más vale una vez rojo que cien morado’ (significa más vale pasar el bochorno de decirle las verdades a una persona que estar aguantando constantemente su explotación, descaro, etc.). *Aka* en japonés también tiene asociaciones culturales; así *aka-choochin* (lit. ‘una linterna roja’) designa los bares y restaurantes baratos porque estos suelen tener una linterna roja en la puerta.

2.1.7.1) Dos formas universales de extensión semántica de los signos: sintomaticidad y sinestesia.

Existen procedimientos universales de crear y desarrollar signos como son la metáfora, la metonimia o la sinestesia. Entre estos procedimientos existen algunos que están directamente vinculados a la forma de captar la realidad de los humanos y que, por tanto, tienen un carácter universal. Una variedad de signos motivados del lenguaje humano son aquellos que tienen un carácter sintomático. Se entiende por **síntoma** aquel vínculo que relaciona un fenómeno con otro; se dice así que el humo es síntoma del fuego. El lenguaje hablado se superpuso (y se sigue superponiendo) a un sistema de comunicación previo que se desarrolló en nuestra especie hace cientos de miles de años. Este sistema cinético de comunicación se basó en gestos, expresiones de la cara deliberadas y síntomas físicos como el sudor, la coloración de la piel, etc., que acompañan a ciertos estados físicos y psíquicos. De esta manera, nuestros antepasados aprendieron a reconocer síntomas de cansancio, hastío, preocupación, dolor, alegría, exaltación, ira, etc. La cara de los humanos tiene un complejo sistema de músculos que es capaz de expresar multitud de estados anímicos. Todo esto junto a un aprovechamiento de asociaciones ontológicas naturales y junto a una serie de conexiones biológicas constituyen una base de la que el lenguaje hablado se nutrió y se sigue nutriendo en la actualidad.

Muchas expresiones para designar conductas o estados de ánimo se expresan mediante partes del cuerpo. Algunas de estas expresiones son claras y corresponden a valores **universales** asociados a estas partes del cuerpo o a gestos característicos. Así, en yoruba, *tíju* ‘sentirse avergonzado’ viene de *ti* ‘cubrir’ y *oju* ‘ojos’ (Johnson, 1921:

xiv). En japonés *hoo o fukuramaseru* (lit. ‘inflar los carrillos’) significa ‘enfurrñarse’. Otras expresiones son más oscuras y pertenecen a valores culturales **específicos** que se asocian a una parte determinada del cuerpo. En guugu- yimidhrr (Dixon, 1980:112) existen diversas formas basadas en la palabra *milga* (oído-oreja). Estas incluyen *milga + mul* (oreja+ sin) ‘desobediente, estúpido, sordo’; *milga ŋamba* (oreja + desprevenido) ‘descuidado’; *milga bubu* (oreja + tierra) ‘insensible’ (la idea es que se es insensible a las críticas porque se apoya la oreja en el suelo y no se escuchan); *milga dhundal* (oreja + suave / húmeda) ‘que añora su familia y su casa, que echa de menos a alguien’.

En general resulta difícil determinar en cada caso concreto cuánto hay de universal y cuánto de específico cultural. En wik-munkan (Dixon, 1980:111) existen las expresiones ‘garganta+ uno’= ‘digno de confianza’; ‘garganta+ dos’= ‘hipócrita’. La idea es un principio universal que se basa en el convencimiento de que las personas dignas de confianza son las que tienen solamente una voz, es decir, no cambian sus opiniones dependiendo de si están con unas personas o con otras. Por el contrario la duplicidad y la hipocresía se asocian con la doble conducta. Las imágenes que nos dan la composición de algunas lenguas australianas son suficientemente explícitas. Unas son retratos inmediatos como el dyirbal ‘boca + romper’= ‘bostezar’ y otras son más sutiles y sintomáticas (p.ej. ‘ojo + arrojar’= ‘esperar y preocuparse’). Uno de los signos universales de la persona que espera y se preocupa es el que está mirando ansiosamente en la dirección por dónde cree ha de llegar la persona esperada.

Una manera de expresar algunas nociones son los signos externos que las acompañan, especialmente en estados anímicos. También se encuentran entre los sintomáticos gestos culturales que se asocian con determinadas actitudes. En kurdo *destewejno* ‘deprimido’ (lit. ‘mano sobre la rodilla’). En navajo (Young y Morgan, 1951), ‘asustar a alguien’ se dice *bee biyah hodêł hiz* (lit. ‘yo hice que las cosas temblaran bajo él’). ‘Rehusar enfáticamente’ se dice *shila yismazgo dooda dîiniid* (lit. ‘retorciendo mi mano dije no’) . Muchas frases para nosotros conocidas responden a hábitos culturales. Así decimos ‘rasgarse las vestiduras’ como manifestación de duelo o bien como muestra de escándalo e indignación. En griego el verbo *typtoo* ‘golpear’ usado en la voz media significa ‘golpearse a uno mismo’ o más exactamente ‘darse golpes en el pecho’, actividad que entre los griegos era una señal de duelo. Entre nosotros este acto se asocia con el arrepentimiento y la penitencia.

Sinestesia.

Uno de los procedimientos universales de extensión semántica es la **sinestesia**. La sinestesia se define como una condición en la que un tipo de estimulación evoca otra sensación. Este hecho biológico determina que una impresión sensorial se asocie a otras

impresiones y por ello pueda ser denominada con la misma palabra. Un caso de sinestesia son aquellas extensiones semánticas que conectan distintas modalidades sensoriales entre sí y estas a su vez con sensaciones mentales internas, es decir, cognición e intelección. Pueden encontrarse numerosos patrones universales de crecimiento y desarrollo léxico-semántico ligados con la sinestesia. Uno de estos patrones es el que liga la percepción con la cognición. Evans y Wilkins (2000) han estudiado las tendencias generales según las cuales nociones básicas como ‘ver’, ‘oír’, etc., desarrollan acepciones secundarias como ‘conocer’, ‘comprender’, ‘pensar’, ‘recordar’, etc. En español se dice ‘ah, ahora lo *veo*’ para decir ‘ya lo entiendo’. Sweetser (1990) basándose en datos indoeuropeos argumentó que la expresión de las actividades mentales intelectuales está vinculada primordialmente al sentido de la visión. Así en el protoindoeuropeo **weid-* retiene su significado visual en las lenguas eslavas y romances, pero cambia a significados asociados con el conocimiento en griego, germánico y céltico:

griego: *eidon* ‘ver’; perf. *oida* ‘conocer’ > español: ‘idea’
 holandés: *weten* ‘conocer’, alemán, *wissen* ‘conocer’
 ruso: *videt* ‘ver’
 inglés: *wise* ‘sabio’, *wit* ‘sabiduría, chispa’
 latín: *video* ‘ver’
 irlandés: *fios* ‘conocimiento’

En las lenguas australianas estudiadas por Evans y Wilkins (2000) aparecen muchos ejemplos que vinculan la noción de ver con las nociones de percibir, conocer. Sin embargo existen también numerosos ejemplos que vinculan al verbo ‘oír’ con nociones intelectuales, como parece que también ocurre en muchas otras lenguas del mundo incluidas las europeas.

La sinestesia no es un hecho simple ya que lo natural biológico y lo cultural se interrelacionan de forma a veces muy compacta, por lo que en determinadas extensiones semánticas a veces es difícil distinguir lo que hay de uno o de otro. Sandra Derrig (1978), en un trabajo sobre las expansiones semánticas de los términos que designan colores en varias lenguas, como el inglés, el chino, el maya yucateco y el zulú, demostró que existían unas constantes en la polisemia desarrollada por términos básicos de color. Las similitudes translingüísticas para varios colores básicos son las siguientes (los números indican el número de lenguas en que se encuentran los valores):

Negro	Blanco	Rojo	Azul/ verde	Amarillo
4- negro	4- blanco	4- rojo	4- azul/verde	4- amarillo
oscuro	claro	3-maduro	2- desnudo	3- podrido
malvado	inocente	enfadado	maleducado	2- maduro
contrario	vacío (3-4)	hachazo	joven	
3- de piel	3- desteñido	2- relativo al sexo		
ignorante	2-desnudo, gastado	caliente		
2- sombrío	libre			
derecho	estúpido			
secreto				
pesado				

Los términos de visión como ‘oscuro’, ‘claro’, ‘brillante’, etc., expanden también su sentido de manera regular⁸:

Brillante	Oscuro	Claro
4- comprender	4- oscuro, negro, ignorante, injusto, malvado, secreto	4- abierto, brillante, agudo, inteligente, sereno, inteligible
3- claro, obvio, transparente, bonito	3- sombrío, denso, ininteligible	3-límpido, pálido
		2- suelto, fácil

Algunos ejemplos para el color negro en las lenguas mencionadas son:

En zulú:

nyama:: oscuridad, mal presagio, animal mítico; conceptos asociados: profundo, confuso, enfadado, temido.

8) Sandra Derrig diferencia en su estudio los términos *light* y *clear*. El inglés *light* significa ‘ligero’, ‘liviano’ y también ‘claro’. Se utiliza p.ej. para colores claros y también para pesos ligeros. *Clear* significa en inglés ‘claro’, ‘obvio’. *Clear* como adjetivo tiene la acepción de ‘transparente’ o ‘incoloro’, mientras que *light* es el contrario de *dark*, y se utiliza p.ej. para describir colores claros, es decir, no intensos. Los significados sin embargo son próximos y en español el adjetivo ‘claro’ cubre ambos adjetivos.

En maya yucateco:

boš: negro, ignorante, contrario.

En chino:

hei be: negro, oscuro, secreto, malvado.

En mongol:

xar-a: negro, oscuro, vulgar, malvado, intenso, pesado.

Este tipo de extensiones semánticas se encuentra con mucha frecuencia en las lenguas del mundo. En amele (Roberts, 1987:382) la palabra *cas* significa 'negro' y también 'mágico' y 'veneno'. En timucua (Granberry, 1993) *nihó* significa algo quemado, chamuscado y por extensión oscuro, turbio, triste, melancólico.

2.2) El englobe como agrupación de *realia* para crear los lexemas.

Una lengua es un modelo simbólico que refleja y da cuenta de toda la realidad que interesa al hombre. Básicamente, esto se hace por un proceso reduccionista que implica la agrupación de un vasto número de entidades ontológicas diversas correlacionándolas con un grupo relativamente escaso de arquetipos (símbolos).

¿Qué es lo que hace que cosas o actividades diversas se subsuman bajo un mismo signo? La base del lenguaje es ser drásticamente reduccionista y simplificador de la compleja y múltiple realidad para hacerla cognitiva y comunicativamente operativa. Es conocida la reducción al absurdo que hizo Jorge Luis Borges del problema al criticar el proyecto de idioma analítico de John Wilkins (Borges, 1974). El idioma que Wilkins ideó en el siglo XVII aspiraba a que cada palabra se definiera a sí misma. Para ello dividió el universo en cuarenta categorías o géneros subdividiéndolos luego en diferencias que se subdividían a su vez en especies. A cada género le correspondía un monosílabo de dos letras. A cada diferencia, una consonante. A cada especie, una vocal. Por ejemplo, *de* quería decir 'elemento', *deb* 'el primero de los elementos (el fuego)', *deba*, 'una porción del elemento del fuego, una llama'. En el idioma de Wilkins todos los seres, es decir, animales, objetos, herramientas, etc. quedan en teoría perfectamente clasificados. Locke ya descartó la idea de que existiera un idioma que tuviera un nombre propio para cada cosa individual, es decir, para cada piedra o para cada pájaro. El problema, señala Borges (1974:485-90), es que un idioma analítico, por completo que fuera, nunca conseguiría representar fielmente la realidad. A un personaje de Borges le cuesta comprender que el símbolo genérico 'perro' abarque a tantos individuos dispares, de diversos tamaños y diversas formas e incluso le molesta que el 'perro de las tres horas

y catorce minutos (visto de perfil)' tuviera el mismo nombre que el 'perro de las tres y cuarto (visto de frente)'. Borges certeramente señala que pensar es olvidar diferencias, es generalizar y abstraer. Un lenguaje analítico como el de Wilkins o el de otros ideadores de lenguajes perfectos sería totalmente imposible. El lenguaje, por sus propias condiciones, presenta de entrada un problema de *penuria nominum*, por lo que para hablar de las cosas forzosamente se debe hacer mediante *generalia* (Eco, 1999: 62).

El lenguaje no puede reproducir directamente la realidad. Esta no viene ya pre-organizada, agrupada y 'punteada' para indicar qué cosas han de englobarse, es decir, ir conjuntamente con qué otras cosas y según qué criterios de agrupación. Tampoco las realidades complejas como el 'árbol', el 'cuerpo humano' o el 'paisaje' llevan una línea de puntos que indique dónde termina una parte y dónde comienza otra. La primera gran lección del relativismo lingüístico fue mostrar que en algunas lenguas existían agrupaciones simbólicas (lexicalizaciones) diferentes a las europeas, descartando así el supuesto valor absoluto que los signos europeos tenían con respecto a la realidad. De esta forma por **englobe ontológico semántico** del signo se entiende la cantidad de *realia* que son abarcados y subsumidos por un signo determinado. Los signos ya nacen abarcando una serie de realidades estructuralmente similares o muy parecidas (homomorfológicas) y además pueden llegar a cubrir y englobar una gran cantidad de otras realidades diferentes por un principio simbólico universal como es la **extensión semántica**.

En general la conceptualización se realiza unas veces sobre dominios ontológicos estructuralmente más propicios y homogéneos y en otras ocasiones sobre dominios menos propicios y más heterogéneos. La objetivación y fijación de ciertos lexemas, p.ej. los nominales, es fácil siempre que se encuentre en la realidad algo que pueda servir como elemento central o prototípico, alrededor del cual se construya el concepto del signo (su semántica). Así, p.ej., a partir del concepto de cabeza humana se va expandiendo y flexibilizando el concepto de cabeza para poder incluir cabezas de diferentes animales, alguna de ellas más distinta a la cabeza humana, y finalmente se llega a las cabezas no humanas por un procedimiento de analogía ('cabeza de alfiler') y a los sentidos metafóricos ('cabeza de familia'). Los lexemas nominales básicos pese a que se establecen sobre una diversidad de *realia* resultan al parecer más fáciles de establecer que los lexemas verbales y adjetivales que conceptualizan dominios más complejos e imprecisos. Entre los englobes verbales existen agrupaciones que resultan extrañas vistas desde fuera pero que son plenamente coherentes con una extensión semántica particular. Así, en la lengua pomo, actividades como 'tejer', 'recoger fruta', 'llevar una bolsa o un bolso', 'enhebrar cuentas' o 'tirar de un cubo desde el fondo de un pozo', están lingüística y nocionalmente agrupadas (Mithun, 1998) (§ 6.4). Para un europeo esta agrupación nocional puede resultar sorprendente aunque es capaz de llegar

a entenderlo si se le explica que existe un hilo conductor que es el de ‘coger algo con los dedos de la mano’, ‘arrancar cosas como frutas, copos de algodón, etc.’, a partir del cual han evolucionado por extensión todos los otros usos. El hecho es que un hablante como visualiza todas estas actividades como algo básicamente similar. Un español visualiza como cosas iguales ‘coger el tren’, ‘coger el libro’, ‘coger un resfriado’, ‘coger un permiso’, ‘coger un chiste (comprenderlo)’, etc. Quizá en el caso de ‘coger’ ciertos hablantes se den cuenta de que el signo está utilizado en acepciones diferentes pero el hablante español que usa ‘lavar’ para ‘lavar un niño’, ‘lavar la ropa’ ‘lavar los platos’ o ‘lavar el coche en una máquina automática’, etc., está convencido de que se trata de la misma acción aunque no lo sea exactamente. Un inglés quizá tendría una conciencia de que ‘lavarse uno mismo’ y ‘lavar los platos’ son actividades diferentes ya que marca la diferencia lingüísticamente (*wash/ wash up*). En otras lenguas los diferentes tipos de lavado se expresan con medios léxicos diferentes (§ 1.1.1). En cada lengua, determinados verbos, en general los más frecuentes, han tenido una extensión semántica que les ha llevado a ocupar una serie de territorios semánticos correspondientes a acciones objetivamente muy diferentes. En alemán el verbo *treiben* se traduce por *llevar animales, conducir personas; meter, clavar, cortar, perforar; estudiar, ocuparse, hacer, practicar (deporte, espionaje, comercio, etc.)*. Existen además numerosos valores idiomáticos en fraseologismos: *es wüst/übel/toll treiben* ‘llevar una mala vida’; *es zu toll treiben* ‘exagerar’; *er hat es zu weit getrieben* ‘él se ha pasado de la raya’, ‘ha ido demasiado lejos’; *es mit jemandem treiben* ‘tener relaciones sexuales, montárselo’.

Mediante la **extensión semántica** las denominaciones para un tipo de realidades homomorfológicas se aplican a otras realidades a través de un proceso metafórico, metonímico, sinestésico, etc. Así, en todas las lenguas australianas (Dixon, 1980:109), las designaciones para las partes del cuerpo tienen un número muy grande de extensiones metafóricas que se usan para describir partes de árboles, artefactos, accidentes geográficos, etc. En dyirbal *binda* se usa para ‘hombro’ y también para ‘cascada’; *garrgal* para ‘parte superior del brazo donde se junta al tronco’ y para ‘arroyo’ (donde confluye con un río mayor); *jarra* para ‘muslo’ y ‘claro en los matorrales’; *bungu* ‘rodilla’ se usa también para ‘curva, meandro en el río’. En muchos casos es dudoso si ciertas acepciones de la palabra se han adquirido por extensión semántica o bien simplemente por que captancialmente aparecen como una continuidad. En timucua (Granberry, 1993) la palabra *ibi(ne)* significa: 1) agua, 2) líquido, 3) lago, estanque, laguna, 4) río, arroyo, canal, 5) mar, océano, 6) lluvia, 7) lágrima, 8) ola, 9) escarcha, 10) arcoiris, 11) bañar, lavar, 12) beber, 13) ungir, 14) menstruar, etc.

Determinados englobes heteromorfológicos aparecen de manera repetida en numerosas lenguas, lo cual lleva a pensar que se trata de extensiones semánticas de carácter casi universal. Así, en vasco, *azal* significa tanto ‘piel, pellejo’ como ‘corteza

de árbol', 'corteza del pan', 'cubierta de libro', 'superficie exterior', y como adjetivo indica 'algo llano, de poca profundidad'. Este tipo de englobe de 'piel humana o animal' y 'corteza de árbol' es muy frecuente en las lenguas del mundo. En jalcateco (Day, 1973:47) *tz'umal* cubre las nociones de 'piel', 'corteza', 'concha', 'cuero', etc. En la lengua de las islas Trobriand *tapwana* significa 'piel', 'superficie', 'cuerpo', 'tronco de árbol', 'parte media de un árbol', 'parte media de un camino', 'parte media de una canción' (Malinowski, 1922:433). En navajo (Kluckhohn y Leighton, 1946:253-259) *digóón* cubre tanto el 'terreno áspero' como la 'piel pecosa'. La palabra *béésh* se utiliza para 'pedernal', 'metal' y 'cuchillo'. Algunas palabras eventualmente llegan a hacerse extraordinariamente abarcadoras y genéricas. Así en samoano *mea* significa 'cosa, lugar, criatura (en el sentido de animal e incluso en el de ser humano)'. Tales palabras son muy útiles en la formación de otras. Así *mea'ai* 'comida' (lit. 'cosa para comer'), *mealofa* 'regalo' (lit. 'cosa de amor').

El despiece de la realidad también se realiza según criterios diferentes en las diferentes lenguas aunque en algunos casos es posible establecer las opciones más favorecidas. Una diferencia de despiece significa que los signos de unas lenguas engloban mayor parte de lo que engloban signos casi equivalentes en otras. En mazateco (Jamieson Capen, 1996) 'pierna' y 'pie' son abarcados y englobados por el mismo signo, *ntsacu*, y lo mismo ocurre con la 'mano' y el 'antebrazo' que se engloban bajo el signo *tsja*. Este último signo muestra que el despiece de la realidad en mazateco es diferente al del español, ya que existe otra palabra *tyja* que designa el 'brazo desde el hombro hasta el codo'⁹. El resultado es un despiece diferente del cuerpo humano y unos englobes diferentes. En la lengua mazateca 'pestaña' y 'ceja' son también englobadas en un mismo signo, *tsja tuxcun* (lit. 'la mano del ojo'). En yidiny (Dixon, 1991) *bina* es una raíz que significa tanto 'oreja' como 'agallas del pescado'. En tales casos se plantea siempre el problema de si estamos ante un signo polisémico con valores claramente diferenciados en la mente de los hablantes o simplemente ante una aceptación tácita de que se trata básicamente de la misma realidad, de la misma manera que un hablante español, aunque note que las 'orejas' humanas, las del lobo y las del elefante son diferentes en forma y tamaño, no duda sin embargo de que en los tres casos se trata de la misma realidad. De hecho, la noción lingüística de polisemia es demasiado imprecisa para aportar claridad al problema de la multirreferencialidad de los signos. Por esta razón es conveniente acotar la noción de polisemia con la noción de *variancia referencial*.

9) Esta segmentación es frecuente en otras lenguas. Así, en lori, lengua iránica, *bāhī* es la 'parte superior del brazo'. Véase también § 4.2

2.2.1) El englobe de *realia* homomorfológicos y heteromorfológicos: variancia referencial vs. polisemia.

Por distintos motivos los englobes de *realia* y *protorealía* que hacen los signos de una lengua varían enormemente. Los signos se hacen sobre una recurrencia de los *realia*. Realidades que tienen la misma forma y apariencia se asume que son la misma ‘cosa operativa’. Ni los hombres ni los animales pueden partir de la diferenciación física según la cual cada realidad es diferente. Para una interacción con el medio se acepta que *protorealía* como ‘huevos’, ‘castañas’, ‘higos’, ‘ruiseñores’, etc., sean la misma realidad operativa. De las identidades homomorfológicas iniciales los signos se deslizan incorporando variedades. Así, mientras que los huevos de gallina son casi idénticos, los huevos del colibrí, del avestruz, de la paloma, etc., son suficientemente diferentes como para que esta diferencia pudiera ser destacada léxicamente. Lo normal de las lenguas es que acepten una variancia notable. Entre **variancia referencial** y **polisemia** existe ya una clara diferencia estructural, funcional y contextual, aunque los límites entre ambas no sean siempre fáciles de establecer. Decimos que hay polisemia clara entre ‘castaña (fruto)’ y ‘castaña (golpe)’, entre ‘melones (vegetal)’ y ‘melones (senos)’, etc. A veces se usa el hecho de que una lengua distinga léxicamente allí donde otra engloba como un criterio definitivo para establecer polisemias, pero esto no siempre puede aceptarse como válido. El hecho de que existan lenguas que distinguen entre dedos de las manos y dedos de los pies o dedos de algunos animales no indica que la palabra ‘dedo’ sea polisémica en estas acepciones. Se trata sólo de variaciones dentro del englobe semántico del signo. La palabra diente no es polisémica cuando se refiere a los distintos dientes humanos o de animales y sí lo es claramente cuando se habla de los ‘dientes’ de un rastrillo.

Además del procedimiento usual en la elaboración de los lexemas estándar que es el de englobar *realia* homomorfológicos, es decir, agrupaciones de *realia* que tienen una forma parecida (cabeza, pie, oreja, ojo, etc.), se crean lexemas agrupando *realia* heteromorfológicos. La heteromorfología de los *realia* englobados por un lexema se debe a razones diferentes según el tipo de signo que se pretenda conseguir. Existen diferencias en la manera de hacer signos hiperónimos como ‘animal’, ‘planta’ (que conservan algunos rasgos mínimos homomorfológicos), y la manera de hacer otros signos como *obstáculo* o *pista*. Estos últimos deben su existencia a relaciones funcionales; mientras que morfológicamente no tienen entre sí rasgos comunes. Las ‘pistas’ no tienen ninguna homogeneidad morfológica ya que son realidades que se agrupan o engloban bajo una misma designación en virtud de su homofuncionalidad. Así realidades como ‘cigarrillos’, ‘pelos’, ‘trozos de papel’, ‘huellas dactilares’, ‘huellas de neumáticos en el barro’, ‘gotas de sangre’, etc., pueden ser *pistas* ya que eventualmente sirven al mismo propósito, encontrar al autor de un delito. La fórmula general de estos

signos de englobe heteromorfológico pero homofuncionales, por tanto, es la siguiente:

X SON TODAS LAS COSAS QUE SIRVEN PARA/ CAUSAN, ETC. Y

Al igual que ‘pista’ existen otras palabras que engloban cosas muy diversas como p.ej. *estorbo*, *contrariedad*, *soborno*, *bagatela*, *bibelots*, *cachivaches* (derivado de cacho del lat. *caccabus* ‘olla’), *cacharros*, *trastos*, *bártulos*, *utensilios*, *chismes*. En inglés existe la palabra *sundries* que engloba artículos diversos (esta palabra proviene del antiguo inglés *syndrig* que significa ‘separado’). *Sundries* pueden ser tanto las cosas que se encuentran en un bolso o bolsillo como las que se encuentran en tiendas de artículos variados. En español se utiliza la palabra *bibelot* que viene del francés *beubelet*, reduplicación de *bel* (bello), para designar cualquier objeto decorativo, cualquier artículo que se compra por capricho y como adorno.

2.2.2) Englobes insólitos de los términos. Traducción superficial y contenido ‘profundo’ de los lexemas.

Ciertas palabras, vistas desde la perspectiva de otras lenguas, parecen tener extrañas acepciones, incluso expresar nociones opuestas y contrarias. Así el latín *altus* aparece en los diccionarios como ‘alto’, ‘elevado’ y también ‘profundo’: *Murus tres pedes altus* ‘muro de tres pies de altura’; *fosa sex pedes alta* ‘foso de seis pies de profundidad’. Que una palabra tenga acepciones que aparentemente sean muy dispares, incluso contrarias, es sólo un efecto engañoso de la traducción y de una insuficiente explicación semántica. Tales signos necesitan un planteamiento abarcador que encuentre una explicación lógica al hecho de que nociones aparentemente dispares se hallen reunidas y englobadas en el mismo signo. Para ello hay que remontarse cognitivamente a una noción matriz de la que puedan derivarse lógicamente aquellas nociones aparentemente dispares. En el caso de *altus* sus valores se explican por su origen y evolución semánticos. *Altus* procede de la raíz indoeuropea **al-* de donde proviene la forma participial **al- to* ‘crecido’ y de ahí ‘crecido, distante en el eje direccional arriba- abajo tomando como punto de medida la posición central, a nivel de suelo, del observador’ (la misma raíz da el inglés *old* y el alemán *alt*).

Cualquier investigador de lenguas se enfrenta frecuentemente con este tipo de problema. Dixon (1980:115) informa de que el verbo de la lengua australiana guwal *mada-l* era glosado por los informantes bilingües como *bash* (‘golpear fuerte, dar un porrazo’) y también como *shake* (‘agitar, sacudir’). Un estudio más profundo reveló que *mada-l* se describía más apropiadamente como ‘poner en movimiento en una trayectoria

soltando' y se oponía al verbo *baygu-l* que significa 'poner en movimiento en una trayectoria manteniendo agarrado'. *Mada-l* se usa independientemente de si el objeto puesto en movimiento impacta contra cualquier otro objeto. Las lenguas australianas tienen tendencia a tener un único término que describe una acción que potencial o realmente da lugar a un determinado resultado. *Baygu-l* se usa para 'agitar' y 'ondear algo' sin precisar si golpea contra cualquier otra cosa. Así *baygu-l* describe tanto a alguien que agita vigorosamente su cabeza como a alguien que golpea su cabeza contra un árbol; uno de sus usos más frecuentes es el que describe la acción del cazador que coge un goanna de su cola y lo golpea contra una roca o árbol para matarlo o atontarlo.

En timucua, lengua de Florida (Granberry, 1993), *pilani* significa 'mañana', 'por la mañana' y también 'por la tarde, al oscurecer'. Esto implica que semánticamente *pilani* cubre cualquier tiempo del día durante el cual el sol no está en el punto más alto de su trayectoria. En timucua la palabra *uhubi* significa 'pena', 'dolor' y también 'enfermedad'. La extensión cubricional del signo engloba tanto a la causa como al efecto y el síntoma. Algunos englobes se explican por el proceso formativo lingüístico del lexema; en náhuatl *paatzca* significa 'extraer el jugo', 'escurrir el agua de algo' y de ahí formaciones secundarias como *paatzcatl* 'jugo' o *tlapaazcalli* 'leche, jugo, cualquier cosa que ha sido escurrida'. En japonés existe un verbo (*kariru*) que engloba tanto las nociones de 'tomar en alquiler' y de 'dar en alquiler' como la de 'pedir prestado'. El hecho de que una palabra englobe más quiere decir que su contenido semántico está menos precisado. En realidad lo que la palabra japonesa *kariru* significa es algo así como 'obtener el uso temporal de algo sin precisar si se paga o no por ello'.

Un resultado de los diferentes entramados léxico-ontológicos de las distintas lenguas es el hecho de que determinados englobes existentes en una lengua resulten sorprendentes vistos desde la perspectiva de otra lengua que organice los dominios ontológico-semánticos mediante englobes diferentes. En shawnee según Whorf (1956:235), existen dos conceptos relacionados que traducidos al inglés resultan difíciles de conectar. Son *ni-kwaškwī-tepē-n-a* ('I push his head back' [Empujé su cabeza hacia atrás]) y *ni-kwaškwī-ho-to* ('I drop it in the water and it floats (bobs back)' [Lo tiro al agua y flota (asoma de nuevo)]). La conexión de estas dos nociones aparentemente tan alejadas entre sí hay que buscarla en un principio de conceptualización común del que arrancan estas dos reportaciones. Este principio común es la misma raíz *kwaškwī-*, que significa aproximadamente 'condición de fuerza y reacción'. Los verbos ingleses *push* y *drop*, o los españoles *empujar* y *tirar*, conceptualizan a una altura sobre la realidad suficientemente distante como para que los hablantes de estas lenguas no puedan ver que entre estas acciones existe mucho en común. El hablante del shawnee, sin embargo, conceptualiza estas acciones a partir de una noción más nuclear que luego elabora

mediante la adición de modificadores hasta obtener los significados oracionales respectivos. El análisis de estas frases sería así:

<i>ni-kwaškwi</i>	<i>-tepē-n</i>	<i>-a</i>
yo -fuerza y reacción	-cabeza-con la mano	-actuar sobre un objeto animado
‘Yo actúo con fuerza con mi mano sobre un objeto animado, una cabeza, seguido de su reacción’		
‘Empujo su cabeza hacia atrás’		

<i>ni-kwaškwi</i>	<i>-ho</i>	<i>-to</i>
yo-fuerza y reacción	sobre el agua	-actuar sobre un objeto inanimado
‘Yo actúo con fuerza sobre un objeto inanimado en la superficie del agua, seguido de su reacción’		
‘Lo tiro al agua y flota’		

2.2.3) Englobe vs. escisión léxicos.

La cantidad y variedad de *realia* que un lexema engloba están determinadas por la utilidad/falta de utilidad de determinados signos que, por abarcar demasiado espacio ontológico, son comunicativamente poco precisos. La lengua es capaz de soportar una gran cantidad de imprecisión cuando la comunicación afecta a realidades de poco interés para los hablantes. Así, signos genéricos como ‘hierba’ o ‘piedra’ suelen ser suficientemente útiles dado que las hierbas no son comestibles y por tanto no presentan la necesidad de mayor distinción. Cuando se trata sin embargo de realidades de utilidad inmediata y cotidiana todas las lenguas son más cuidadosas y no permiten grandes englobes. Se espera entonces que un lexema designe un campo de objetos y realidades básicamente parecidos entre sí. Esto garantiza que entre lo que el hablante quiere decir y lo que el oyente interpreta no aparezca una distancia tan grande como para que la comunicación entre ambos fracase. Si un signo deja de ser un signo de comunicación útil, se hace necesario escindirlo y del espacio ontológico por él abarcado obtener signos más nítidos y fidedignos comunicacionalmente.

Por tanto, cuando los *realia* cubiertos por un lexema presentan entre sí una diversidad claramente insoportable, nace automáticamente la ocasión para un nuevo lexema, es decir, la escisión del espacio ontológico previamente cubierto por un único signo. Cuándo y cómo ocurre esto es algo que puede estudiarse en multitud de casos concretos que ocurren en nuestras lenguas. Así, los *realia* que agrupamos bajo el lexema

moto o *motocicleta* son diferentes en tamaño, forma, potencia, etc., pero suelen mantener entre sí un parecido básico de diseño, configuración y utilidad. Existe, sin embargo, un tipo de vehículo conocido en inglés como *scooter* (frente a *motorbike*), conocido en español como *vespa*, que difiere sensiblemente en su diseño de las *motos* normales, aunque no en sus funciones. El uso de las palabras *moto* y *vespa* en español refleja esta situación incierta en la cual el lenguaje admite que ciertas cosas son realidades próximas aunque diferentes a las que se acepta generalmente como realidades prototípicas. Se dice ‘me he comprado ‘una *moto*/ una *moto vespa*/ una *vespa*’. Lo mismo se podía decir de otra variedad de moto conocida como *vespino* (el origen de la palabra española es el de una marca comercial que se ha generalizado a todos los vehículos que se parecen al modelo original).

Todos los lexemas cubren una amplia gama de *realia*. La subsunción de un gran número de *realia* bajo un mismo lexema se explica en parte por la polisemia. La polisemia es un hecho generalizado en todas las lenguas según la cual los lexemas tienen un promedio de cuatro o cinco acepciones¹⁰. La subsunción de los *realia*, sin embargo, se explica fundamentalmente por la identidad básica configuracional-funcional de los *realia*, aunque existen también muchos casos de ubicación periférica, es decir, *realia* que se encuentran muy alejados de la noción prototípica que sugiere el signo. La mecánica del lenguaje exige que toda nueva realidad que aparezca en una cultura ha de poder ser nombrada. Por esta razón los lexemas se expanden para cubrir todas las nuevas variedades de objetos que aparezcan. Sin embargo, existen límites a la **elasticidad del lexema**. Cuando las variedades periféricas son demasiado diferentes, a una lengua le resulta más cómodo crear un término específico nuevo para tales proto-realidades varianciales. Es el caso de ‘moto’, ‘vespa’, ‘vespino’, o el caso de ‘falda’, ‘minifalda’, ‘jersey’, ‘rebeca’, ‘pullover’, ‘sudadera’, ‘suéter’; ‘taza’, ‘tazón’, ‘bol’, etc. Aunque no siempre es posible obtener denominaciones nuevas cuando un lexema se vuelve incómodamente ambiguo al cubrir demasiada cantidad de *realia*. Ciertas lenguas tienen facilidad para producir nuevas denominaciones por composición si cuentan con los patrones lexicogénicos adecuados. Otras lenguas importan nuevas designaciones al tiempo que importan los nuevos objetos. Es el caso en nuestra cultura de los términos de prendas de vestir, objetos tecnológicos, material de cocina, artefactos, etc. Estas nuevas designaciones se articulan estructuralmente con las designaciones ya establecidas pero lo hacen de manera gradual y vacilante. En todo proceso de recolocación de denominaciones existen zonas confusas y vacilación en el uso de los términos.

10) Este promedio es tan sólo indicativo. Las palabras más frecuentes suelen tener un gran número de acepciones. El *Oxford English Dictionary* lista doscientos treinta y cuatro significados o acepciones de la palabra *get*. Para un verbo como ‘dar’ en español es fácil obtener más de ochenta sentidos.

2.3) Indagaciones en torno al problema del despiece o vivisección lingüística de la realidad.

Según Adrienne Lehrer (1992), por tipología léxica se entiende las maneras características en que el lenguaje lexicaliza conceptos, es decir, empaqueta material semántico en palabras. Este material semántico se obtiene de la realidad no lingüística mediante procesos de captación, selección y agrupación. En otras palabras, el problema central de la tipología léxica es cómo el lenguaje ‘trincha’ la naturaleza, cómo la corta en trozos grandes o pequeños, cómo despedaza los continuos y con los fragmentos así obtenidos cómo crea y forma conceptos que servirán a los hablantes para referirse a *realia* y para comunicarse con eficacia mediante ellos.

El hombre al mirar en su entorno desarrolla una serie de procesos visuales que terminan con el reconocimiento del objeto. El ser humano tiene una visión frontal a través de la cual percibe la realidad exterior y una ‘visión’ posterior mediante la cual busca en sus archivos de imágenes y sensaciones aquellas que mejor corresponden a la imagen exterior que está percibiendo. Reconocer algo (categorizar) es ecuacionar la imagen exterior con uno de los arquetipos de nuestro repertorio mental (signos). En la actualidad existen diversas teorías sobre la captación del entorno, fundamentalmente a través de la visión y el reconocimiento. Los trabajos de Marr (1982) proponen que la visión del hombre es una visión modular, es decir, que el hombre al mirar a su entorno ve partes o módulos articulados. Esta visión modular se consigue mediante lo que denomina como *análisis volumétrico*. Este análisis, según la teoría de Marr, implica que el hombre tiende a captar y a segmentar mentalmente *conos* en las formas de la naturaleza. La mayoría de los términos para partes del cuerpo derivan de esta perspectiva de conos. Así ‘brazo’, ‘antebrazo’, ‘tronco’, ‘pierna’, ‘dedo’, etc. Igualmente animales y plantas tienden a ser captados como partes en forma de conos: ‘tronco’, ‘raíces’, ‘ramas’. Según algunos estudiosos como Biederman (1987) existen unos primitivos de forma. En concreto el inventario de los conos generalizados se reduce a 36 ‘geones’ primitivos que supuestamente serían capaces de dar cuenta de la percepción y captación de las formas por medio del ojo humano.

Distinciones dimensionales.

Según Clark y Clark (1978:242), las dimensiones que las lenguas recogen no son arbitrarias. Son justamente aquellas dimensiones que el aparato perceptual de los humanos está sintonizado para captar. En la naturaleza hay una dimensión definida por la gravedad, que es la dimensión vertical, y hay otro plano natural de referencia que es el nivel del suelo. Estas dimensiones naturales se muestran en la tabla siguiente:

Referente	Dimensión	Adjetivos	Preposiciones
gravedad	verticalidad	alto- bajo	arriba- abajo encima- debajo
gente	verticalidad visibilidad lateralidad corpulencia	alto- bajo gordo-delgado	arriba- abajo delante- detrás a la izquierda- derecha
objetos dirigidos	verticalidad visibilidad lateralidad	alto-bajo	encima- debajo delante- detrás
objetos no dirigidos	longitud anchura grosor tamaño	largo-corto ancho-estrecho grueso-fino grande-pequeño	al final de al lado de
puntos	distancia	lejos-cerca	a, hacia, desde, cerca de
contenedores	internalidad	profundo-somero	en, dentro- fuera
superficies	soporte		sobre, en

Una línea de investigación complementaria a la anterior, es la del estudio de primitivos perceptuales. Según algunos investigadores en inteligencia artificial, como Robert Schank (1972), una docena de primitivos semánticos forman la base de todos los verbos que usamos normalmente. Algunos de estos primitivos designarían actos físicos como ‘mover’, ‘ingerir’, ‘agarrar’, etc.; otros, actividades mentales como CONC, que significaría más o menos ‘pensar sobre’ o MTRANS, que implica una ‘transferencia de información mental’, etc. Otro caso sería ATRANS, que abarcaría todos aquellos que se refieren a una transferencia de posesiones como ‘comprar’, ‘vender’, ‘dar’, ‘tomar’, ‘alquilar’, ‘robar’, etc. mientras que INGEST incluiría verbos como ‘comer’, ‘beber’, ‘respirar’, ‘inhalar’, ‘esnifar’, etc. La vinculación de los **primitivos semánticos** (Wierbizcka) con los **primitivos perceptuales** es una opción sugestiva. George Miller y Phil Johnson-Laird (1976) son dos psicólogos que lo han intentado. Su intento parte del supuesto que los humanos en su interacción con el mundo son capaces de percibir la realidad de una manera constante y más o menos sistemática. Estas bases perceptuales afectarían o incluso serían el fundamento de una construcción léxica que represente el universo. La propuesta de los autores es que existen unos **cien primitivos probables**, entre los que se incluirían *lugar, tamaño, rectitud, horizontalidad, verticalidad, parte superior, parte inferior*, etc. Así, p.ej., una mesa sería considerada como un ‘objeto conexo rígido, con una parte superior plana sujeta por piernas verticales’, lo cual implicaría al menos los primitivos OBJETO, CONEXIONADO, RÍGIDO, PARTE SUPERIOR, SUPERFICIE PLANA, HORIZONTAL, VERTICAL. Naturalmente, estos primitivos perceptuales son insuficientes para dar cuenta del significado de *mesa*. Todo lo que hacen es

especificar la apariencia de una mesa pero otros datos son necesarios para dar cuenta de la imagen mental que la gente tiene de las mesas. P.ej., sitio donde se come, se trabaja, se puede uno subir para cambiar una lámpara o, eventualmente, para bailar, aunque esto sería considerado extravagante, y otra serie de actividades que simplemente no deben de ser realizadas en una mesa.

2.3.1) Cómo cortar el pastel de la realidad. Líneas de fractura ontológicas y cognitivas.

Según Hjelmslev, el *continuum* del contenido es todo lo experimentable, lo decible y lo pensable que constituye una masa amorfa antes de que el lenguaje haya llevado a cabo sobre ella sus vivisecciones (Eco, 1999: 63, 293). El *continuum*, sin embargo, no es tal masa amorfa. La realidad captada por el hombre no es algo totalmente inestructurado. Esta realidad se presenta ya con unas **líneas de resistencia o fractura**, a la manera que los carpinteros buscan del hilo de la madera, pues esto determina que sea más fácil cortar en unas direcciones que en otras. En el *continuum* existen discontinuidades objetivas que la mente humana puede captar fácilmente y el lenguaje, en consecuencia, puede reproducir y ‘espejar’. Las líneas de fractura son, por tanto, guías para la vivisección del mundo.

Si en los dominios ontológicos existen verdaderamente líneas de fractura, estas han de existir potencialmente para todas las lenguas del mundo, aunque en algunas puedan estar reflejadas en extenso y en otras apenas esbozadas. Esta concepción se relaciona con la noción de *criptotipo* propuesta por Whorf. Esto quiere decir, p.ej., que las distinciones *animal/humano* o *singular/plural* han de aparecer de alguna manera en todas las lenguas. En algunas lenguas tales distinciones aparecen de manera sistemática y en otras de manera episódica. Las líneas de fractura suponen, de hecho, la verdadera base universal sobre la que se estructuran y cristalizan los lexicones. Una futura investigación interlingüística deberá encontrar y precisar su funcionamiento o tendencias de funcionamiento a escala general.

La tipología léxica intenta resolver la cuestión de hasta qué punto la materia prima del lenguaje es objetivamente un *continuum* amorfo al que se le da una forma mediante una construcción cultural completamente arbitraria o, por el contrario, las lenguas del mundo se limitan a captar y dar nombre al entorno guiadas o determinadas por ciertas características objetivas de la realidad misma. Para estudiar este problema desde un enfoque translingüístico se buscan las diferencias captadas y representadas por las lenguas del mundo de manera recurrente ya que estas diferencias responderán probablemente a líneas de fractura ontológicas y psicológicas. Por tanto, se conocen como **líneas de fractura** y también como **líneas de resistencia** a aquellas distinciones

bien constatadas que son recurrentes tanto en la gramática como en el léxico de diversas lenguas del mundo. Así, p.ej., las distinciones: ‘animado/inanimado’, ‘racional/ no racional’, ‘humano/ no humano’, ‘masculino/femenino/ sin sexo’, ‘joven/adulto’, etc. En todas las lenguas se encuentran distinciones para nombres de animales macho y animales hembra: *toro/vaca, caballo/yegua*; en inglés *bull/cow, horse/mare, hen/cock/rooster*, etc. El tamaño de los animales también se lexicaliza, es decir, en algunos animales se distingue no sólo el macho de la hembra sino las crías de los adultos. Por ejemplo: *caballo- potro, cabra- choto, vaca- ternero, rana- renacuajo, oveja-cordero*, etc. En inglés designaciones para crías de animales son: *dog- puppy-whelp* (perro pequeño); *cat-kitten; sheep-lamb; horse- filly* (potra)- *colt* (potro); *pig- piglet- shoat* (cerdo de menos de un año); *kangaroo-joeey*. A veces se especifica sobre un género epiceno un género marcado: *sheep* (oveja en general), *ram* (carnero), *ewe* (oveja hembra); *goat* (cabra en general), *nanny goat* (cabra hembra), *billy goat* (cabra macho); *donkey* (asno), *jack* (asno macho), *jenny* (asno hembra).

2.3.1.1) Un ejemplo de líneas de fractura: la distinción *animal/humano*.

Los ámbitos en los que se comprueban las distinciones y no distinciones entre fenómenos y realidades similares en humanos y animales están en el dominio de las partes del cuerpo, en actividades características tales como movimientos, emisión de sonidos, actividades vitales (comer, dormir, etc.), vivienda, etc.

En muchas lenguas se distingue entre partes del cuerpo de un humano y un animal. Así, en chalcatongo mixteco (Macaulay, 1996:172-173) la espalda humana (*zhata*) se distingue de la espalda animal (*sik̄t̄*). Cabe señalar que estas distinciones tienen repercusión en los valores expandidos. Así, la espalda de los animales describe una locación que es alta, plana y horizontal mientras que la espalda humana se refiere a un plano vertical. En español los animales tienen *morro/hocico* frente a la *nariz* de los humanos. Naturalmente no todas las lenguas distinguen entre humano y animal: en tzeltal, *s-ni* se utiliza tanto para ‘nariz humana’ como para ‘hocico o morro de animales’. Para la palabra inglesa *leg* el español tiene *pierna* (personas) y *pata* (de animales y cosas), mientras que el francés tiene *jambe* (persona), *patte* (animal, insecto) y *pied* (mesa, silla). Las distinciones no sólo afectan a partes del cuerpo sino también a otras realidades asociadas con personas o animales. En español existen las palabras ‘nido’, ‘madriguera’, ‘cubil’, ‘ratonera’, etc., para las viviendas de distintos animales, mientras que en malgache (Arakin, 1963) utiliza la misma palabra *trano* para ‘casa’, ‘nido’ y ‘madriguera’. En las acciones también suelen establecerse distinciones. El español diferencia entre *coz/patada*, es decir, golpe con extremidad inferior de un cuadrúpedo y un humano. Igualmente distingue entre *manotazo* y *zarpazo*, etc. Las

distinciones a veces se hacen no entre animales y humanos sino entre seres animados y cosas. En haida (Lawrence, 1977: 85) existen un verbo *dlawii* que se usa para ‘caer’ de personas o animales pero no de cosas.

En general, las lenguas tienden a agrupar los *realia* y subsumirlos bajo el mismo signo cuando estos son básicamente iguales y tienden a distinguirlos cuando son claramente diferentes en forma, tamaño, modo, etc. Así, los animales tienen ‘morro’ y las personas ‘nariz’, algunos animales tienen ‘colmillos’ como el elefante o el lobo (también tienen ‘dientes’), mientras que otros como el caballo sólo tienen ‘dientes’. Las actividades vitales se distinguen a veces: el lakota distingue entre el ‘copular de los humanos’ (*oŋzehu*) y el ‘copular de los animales’ (*kiyuha*), (en español se usa ‘cubrir’ y ‘emparejarse’ para los animales). Existen distinciones en la forma de movimiento y sonido: *volar, trotar, galopar; ladrar, balar, croar, mugir, rugir*. Los movimientos tienden a diferenciarse especialmente en aquellos animales cuyo movimiento es importante para el hombre, como es el caballo (‘trotar, galopar’) y no se diferencian en otros animales cuyo movimiento, aunque diferente al humano, no resulta de particular interés económico (p.ej., el lobo, el guepardo, el tigre ‘corren’). La acción de ingerir alimentos se funde mayoritariamente en las lenguas, salvo algunas lenguas como el alemán donde se distingue el ‘comer los humanos’ (*essen*) del ‘comer los animales’ (*fressen*); ‘beber los humanos’ es *trinken* y los animales *saufen*. Lo mismo ocurren en muchas lenguas germánicas, aunque no en inglés que utiliza el mismo verbo *eat* y el sueco, *äta*.

	Humanos	Animales
Alemán	<i>essen</i>	<i>fressen</i>
Holandés	<i>eten</i>	<i>vreten</i>
Danés	<i>spise</i>	<i>aede</i>

Lo mismo ocurre para el verbo ‘alimentar’. El alemán, el danés y el sueco utilizan verbos diferentes para alimentar a humanos o a animales, mientras que el inglés (*feed*) y el holandés (*voeden*) utilizan el mismo verbo.

	Humanos	Animales
Alemán	<i>nähren</i>	<i>füttern</i>
Danés	<i>naere</i>	<i>fodre</i>
Sueco	<i>nära, föda</i>	<i>fodra, mata</i>

2.3.2) Términos primarios y términos secundarios.

Whorf señaló la importancia de distinguir entre las denominaciones de una lengua si correspondían a términos simples o compuestos. Un término simple o primario como por ejemplo *plow* ‘arado’ o *money* ‘dinero’, se oponen a los términos secundarios o analizables como *typewriter* ‘máquina de escribir’ o *post-office* ‘oficina de correos’. En español son términos secundarios: ‘lanzallamas’, ‘paraguas’, ‘cascanueces’, ‘parabrisas’, ‘sacapuntas’, ‘mondadientes’, ‘sacacorchos’, ‘cortacésped’, ‘cortauñas’, ‘cuentagotas’, ‘cuentakilómetros’, ‘marcapasos’, ‘espantapájaros’, etc. Se considera que la diferencia formal entre términos primarios y secundarios puede correlacionarse con el grado de integración o de arraigo que una noción tiene en una cultura. Los términos primarios o simples suelen corresponder a aquellas nociones más antiguas e integradas. Así, en la mayoría de las lenguas europeas la guerra se designa mediante un término simple (*war*, *guerre*, *Krieg*) ya que culturalmente la noción de guerra es antigua y está profundamente arraigada en la historia y la psicología de los pueblos europeos. Por el contrario en diversas lenguas amerindias encontramos designaciones secundarias y analizables. Así por ejemplo los aztecas tenían para designar la guerra la palabra *yaoyotl* que es analizable a partir del término primario *yaotl* ‘enemigo’ y significa por tanto ‘enemistad’ u ‘hostilidad’. Los aztecas eran sin duda un pueblo guerrero pero quizá no tanto como los europeos. En hopi el término más próximo a guerra es *na'qöYta* que se analiza como ‘matar recíproca y pluralmente’, y que se forma a partir del término simple *qöya* ‘matar pluralmente’ con morfemas reflexivos y durativos. Este hecho lingüístico, según Whorf, se corresponde con la relativa falta de importancia de la guerra en la cultura hopi.

Aceptando en líneas generales la proposición de Whorf de que los términos primarios corresponden a nociones más antiguas y arraigadas de la lengua y la cultura de un pueblo, conviene señalar que para muchas lenguas del mundo la denominación mediante composición o derivación de otros lexemas es un proceso lexicogénico frecuente y muy productivo. En muchas lenguas del mundo las designaciones de partes del cuerpo, de utensilios, etc. se obtienen por composición. Esta composición significa a veces un análisis cognitivo *sui generis* y en otros casos una conceptualización metafórica. En mbum (Shun'ya Hino, 1978) existen términos primarios de los que se obtienen otros muchos secundarios:

<i>sóà</i>	‘cabeza’
<i>yòḥyóà</i>	calabaza + cabeza= ‘cráneo’
<i>hòisóà</i>	hierba + cabeza= ‘pelo’

<i>yâr</i>	‘ojo’
<i>pàryâr</i>	huevo + ojo = ‘globo ocular’
<i>gûnyâr</i>	niño + ojo = ‘pupila’
<i>ɣgànyâr</i>	piel + ojo = ‘párpado’
<i>kinâyâr</i>	círculo + ojo = ‘vértigo’
<i>mbiùyâr</i>	agua + ojo = ‘lágrima’
<i>háù</i>	‘boca’
<i>ɣgànháù</i>	piel + boca = ‘labio’
<i>fàháù</i>	saco + boca = ‘mejilla’
<i>ndók</i>	‘mano, brazo’
<i>mààndók</i>	madre + mano = ‘brazo’
<i>gûnndók</i>	niño + mano = ‘dedo de la mano’
<i>gûnvòk</i>	niño + pie = ‘dedo del pie’
<i>sárándók</i>	fin + mano = ‘dedo meñique’
<i>gáɣndók</i>	gran + mano = ‘dedo pulgar’

En muchas lenguas del mundo existen procedimientos generales de designación por composición de nociones elementales. En pocomchi, lengua maya, (Andersen, 1978) a partir del término *nah* ‘cabeza’ se forman derivados como *nah ch’ehk* ‘rodilla’ (lit. ‘cabeza de la parte de abajo de la pierna’), *nahtuuq* ‘glúteo’ (lit. ‘cabeza de la pierna’) y a partir del término *wuya* ‘cuello’ se forma un derivado como *wuyarhanny* ‘muñeca’ (lit. ‘cuello del brazo/mano’). En murrinhpatha (Walsh, 1997) existen combinaciones de términos corporales para designar otras partes del cuerpo. Así, *ngapurlu thimu* (‘pezón’) significa literalmente ‘nariz del pecho’. En guaraní (Cadogan, 1992) el humo *tata-chi* es literalmente ‘el fuego blanco’ de *tata* ‘fuego’ y *chi* ‘blanco’. En kabardiano (Colarusso, 1992) la mejilla es *na -kʷə* (lit. ojo + ladera); lágrima es *na-psə* (lit. ojo + agua).

En kogui, lengua de Colombia (Ortiz Ricaurte, 2000: 760-770), existe *gamulo* ‘pedo’ que es un término secundario compuesto de *gai* ‘materias fecales’ + *mulo* ‘aire’. En chiriguano, lengua tupí-guaraní, existen los siguientes términos secundarios (Dietrich, 1986:184-5):

<i>akandáo</i>	‘sombrero’	(de <i>ãka</i> ‘cabeza’ + <i>áo</i> ‘vestido’)
<i>poã ka</i>	‘dedo de la mano’	(de <i>pó</i> ‘mano’ + <i>ãka</i> ‘cabeza’)
<i>che-resapire</i>	‘mi párpado’	(de <i>che-résa</i> ‘ojo’ + <i>píre</i> ‘piel’)
<i>pítiãka</i>	‘pecho’	(de <i>pítia</i> ‘ánimo’ + <i>ãka</i> ‘cabeza’)
<i>tatãti</i>	‘humo’	(de <i>táta</i> ‘fuego’ + <i>tii</i> ‘blanco’)

<i>timãca</i>	‘canilla de la pierna’	(de <i>tima</i> ‘pierna + <i>ãka</i> ‘cabeza’)
<i>yasitata</i>	‘estrella’	(de <i>yasi</i> ‘luna’+ <i>tata</i> ‘fuego’)
<i>íaka</i>	‘río’	(de <i>í</i> ‘agua’ + <i>ãka</i> ‘cabeza’)
<i>íkwa</i>	‘fuente’	(de <i>í</i> ‘agua’ + <i>kúa</i> ‘cintura’)

En vasco (Trask, 1997:184-190) aparecen numerosos términos secundarios formados por composición:

ke ‘humo’ + *zulo* ‘agujero’ = *kezulo* ‘chimenea’
lo ‘dormir’ + *gela* ‘habitación’ = *logela* ‘dormitorio’
begi ‘ojo’ + *sein* ‘niño’ = *betsein* ‘pupila del ojo’

En tok pisin (Verhaar, 1995) existen diversas composiciones con un término básico (*grass*). Las composiciones quizá muestren que existe un concepto primario muy general equivalente no a ‘hierba’ como su forma sugiere, sino a ‘excrecencia frondosa’. Tal concepto no es raro en otras lenguas indígenas de Nueva Guinea (§ 3.9):

<i>gras bilong het</i>	‘pelo’ (‘hierba de cabeza’)
<i>gras bilong fes</i>	‘barba’ (‘hierba del pelo’)
<i>gras bilong pisin</i>	‘plumas de pájaro’ (‘hierba de paloma’)
<i>gras bilong solwara</i>	‘alga’ (‘hierba de agua salada’)

Un procedimiento muy productivo de obtener nuevas designaciones en las lenguas con clasificadores es el de unir un término general y un clasificador. Tal unión tiene carácter permanente, es decir, es una construcción idiomática. Cognitivamente tal conjunción se explica como una noción general a la que se sobreimpone un marco reductor (el clasificador) de tal manera que el resultado ofrezca una pista que lleve al oyente a la cosa referida; una vez generalizado el uso, tales construcciones se convierten en simples designaciones usuales. El procedimiento sería más o menos igual que si en una frutería habláramos del ‘objeto alargado verde’ o del ‘objeto esférico verde’. En los primeros usos habría duda acerca de si nos referíamos a un ‘pepino’ o a un ‘calabacín’, o bien a un ‘melón’ o a una ‘manzana’, pero una vez que se estableciera el acuerdo de que el ‘objeto alargado verde’ es el ‘pepino’, ya no habría lugar a la confusión. En kogui, lengua de Colombia (Ortiz Ricaurte, 2000: 765) existe un clasificador (*ji’za*) que significa ‘alargado, con forma de franja’. Este clasificador como nombre significa ‘cinturón de la mujer’. Algunos de los usos son:

hagfi’za ‘muralla’ de *hagi* ‘piedra’
mala’fi’za ‘cordón umbilical’ de *mala* ‘ombligo’
mulu’afi’za ‘campanilla’ de *mulua* ‘garganta’

ubafi'za 'párpado' de *uba* 'ojo'

Con el clasificador '*kala* que significa 'alargado' se obtienen:

ka'*sakala* 'tobillo' de '*kasa* 'pie'

'*nikala* 'lluvia' de *ni* 'agua'

'*hukala* 'techo de la casa' de *hu* 'casa'

2.3.4) La cocina léxica. Los lexemas como *paquetes* de información heterogénea.

Los **signos inmediatos** son aquellos como *oveja*, *banana*, que generalizan y crean un prototipo mental a partir de una variedad de objetos o seres objetivamente y funcionalmente muy similares entre sí. El *status* de los signos inmediatos es claro. Son útiles tanto comunicacional como mentalmente. Su valor en la escala de verdad-objetividad es máximo. Su ulterior poder como instrumento del pensamiento sin embargo es limitado. *Galgo*, al tener mayor número de atributos o características tiene una aplicabilidad más limitada que *perro* y este a su vez más limitada que *mamífero* etc. Cada lengua crea sus conceptos al nivel que quiere componiendo el concepto con un número *ad hoc* de atributos. Así por ejemplo en ruso existe *beliak* (liebre blanca), en español existe *alazán* y en inglés *sorrel* que traduce la palabra *alazán* y equivale a 'caballo de color marrón rojizo'.

Los paquetes semánticos de los lexemas en las lenguas del mundo a menudo tienen un carácter **cultural** y reflejan unos valores sociales. En chino 'fresco' es *bueno*, por el valor que conceden a la 'comida fresca'. Como vemos, los lexemas a través de los paquetes semánticos contienen una serie de atributos o características determinadas y, además, en dosis establecidas. Así, p.ej., tomando como punto de partida el sustantivo 'verdulera' (mujer que vende verduras en el mercado) se obtiene un adjetivo 'verdulera', con el sentido de 'mujer grosera y gritona'.

Determinados **paquetes léxicos** pueden parecer extraños. En yidiny (Dixon, 1980:107) existen algunos adjetivos especialmente elaborados: *jagujagu* 'que se imagina a sí mismo capaz de realizar alguna tarea cuando en realidad no es capaz'; *milba* 'hábil e inteligente en la caza'; *wubuul* 'afortunado en la caza'. En náhuatl, p.ej., *tlamati* significa 'ser prudente, tranquilo, calmado, inteligente, ingenioso', 'engañar' y 'timar'. Si se tomara literalmente, supondría la existencia de una moral peculiar en la cual la inteligencia equivaldría a la capacidad de engañar. Sin embargo, esto es difícil de juzgar ya que en todas las lenguas coexisten acepciones bastante diferentes en la misma palabra; así, en inglés *funny* 'gracioso' y 'raro' (los americanos dicen *do you mean funny ha-ha*

or the other?) o en español *estúpido*, en el sentido de ‘tonto’ y ‘desagradable, grosero’. No resulta claro si los hablantes (todos o algunos de los hablantes) diferencian o por el contrario establecen una continuidad entre las distintas acepciones de las palabras. Las palabras son a veces como dados cargados que desvían y distorsionan la intención del hablante. En inglés la palabra *spinster* tiene connotaciones negativas que inevitablemente afloran cuando alguien quiere referirse a una mujer que no está casada. El español evita estas connotaciones distinguiendo entre *soltera* y *solterona*.

Uno de los ingredientes del *paquete léxico* (lexema) es la **coloración subjetiva**. Nuestras palabras a menudo no son neutras sino que llevan una carga emocional, designan cosas pero al mismo tiempo emiten juicios de valor sobre ellas. Estos términos reciben también el nombre de **palabras actitudinales** (Carter, 1987). En español existen, como en otras muchas lenguas, nombres alternativos para las cosas que además de significar y referenciar conllevan unos matices peculiares. Así, un *coche* es un ‘cacharro’, una ‘cafetera’; la *televisión* es la ‘caja tonta’; los *libros* son ‘tochos’, ‘ladrillos’; la *cama* es la ‘piltra’, el ‘sobre’; la *cabeza* es el ‘tarro’; la *cara* es la ‘jeta’ o el ‘careto’; la *nariz* es la ‘napia’; las *axilas* son los ‘aleroses’; un oficinista es un ‘chupatintas’; un *médico* es un ‘matasanos’; un *abogado* es un ‘picapleitos’; un *psiquiatra* es un ‘comecocos’; una *conferencia*, *charla* o *clase* son designadas como ‘rollos’ o ‘coñazos’, etc. (Luque y Manjón, 1997). En lenguas como el español y el ruso entre otras, existe la posibilidad de expresar matices afectivos o despectivos mediante morfemas diminutivos o aumentativos (cf. *hombretón*, *hombrecillo*, *mujercilla*, *mujercita*). En otras lenguas como las esquimales la **coloración subjetiva** se puede expresar de manera sistemática mediante morfemas. En groenlandés occidental (Fortescue, 1990) existen morfemas para el desdén y el desprecio, *kasig*; para denotar el afecto, *nnguar*; para denotar la ironía, *ngusar*; para hacer una admonición sobre un peligro posible, *qina*; para expresar la sorpresa de un descubrimiento, *ruannguar*, etc. Los morfemas de coloración subjetiva sirven para expresar sistemáticamente la posición anímica del hablante con respecto a los hechos; para expresar aprecio o disgusto, valoración o desinterés; para matizar la forma en que se comunica con sus interlocutores: con imperativo duro, medio o suave; para expresar su certeza o inseguridad sobre algo narrado o comunicado; para animar a alguien a hacer algo; para expresar recelo, duda, improbabilidad, etc.

Ejemplos de estos usos los tenemos en esquimal (Jacobson, 1984):

yaaqe: en vano, sin motivo.

alinge- ‘temer’

alingyaaquq - ‘tiene miedo aunque no existe razón para ello’

pik, genuino.

qayak -‘kayak’

qayapik -‘auténtico kayak’ (hecho con pieles en contraste con el de fibra de cristal)

2.4) Mismas cosas pero distintos enfoques lingüísticos. Diferencias ontológicas, distinciones lingüísticas y discriminación cognitiva.

Las distintas captaciones lingüísticas de la realidad que realizan las lenguas tienen implicaciones cognitivas. Las diferencias entre las distintas representaciones mentales de la realidad que tienen los hablantes se deben a que tanto la gramática como el lexicon de una lengua son instrumentos *sui generis* para la captación de la realidad. Cada hablante de una lengua cuando mira a su entorno ve las cosas a través de su peculiar estructura gramatical y también a través de los ‘cristales’ o ‘lentes’ preconfigurados que son los lexemas. Ambos determinan en gran medida qué características ontológicas se destacan, a qué aspectos se concede mayor relevancia, qué elementos se enfatizan y seleccionan para transmitirlos a los interlocutores, cómo se agrupan o empaquetan bloques de información, etc (§12.2.1). Una misma realidad puede ser captada y expresada lingüísticamente con notables diferencias por hablantes de distintas lenguas. En unas lenguas, determinados aspectos del entorno reciben mayor **detallismo**, es decir, se analizan con un grano más fino, mientras que en otras lenguas se analizan con un grano más grueso. Esto vale tanto para los entes como para los eventos y así, p.ej., en una lengua como el lakota las *fases, secuencias, implicados y resultados* de un proceso se detallan cuidadosamente mientras que en otras se utiliza una *macro-idea* que informa en líneas generales de todo el proceso sin entrar en excesivos pormenores (§ 3.4.4). Tales diferencias de captación y conceptualización de la realidad, sin embargo, no son fácilmente ‘sentidas’ por los hablantes de una lengua determinada, ya que cada lengua presenta para sus usuarios un principio de coherencia total que la hace parecer perfectamente adaptada a la realidad, como un guante lo está a la mano. Humboldt lo expresó con las siguientes palabras (1836 [1960]):

“Aprender una lengua extranjera sería por tanto adquirir un nuevo punto de vista respecto a la visión del mundo poseída hasta entonces, y de hecho, en cierta medida, esto es así ya que cada lengua contiene el tejido conceptual completo y el modo de presentación de una porción de la humanidad. Pero, dado que nosotros siempre trasladamos más o menos nuestras propias visiones del mundo, incluso nuestra propia visión lingüística, este resultado no se experimenta pura y completamente”.

Lo expresado por Humboldt ha sido recientemente reformulado por diversos lingüistas tipólogos y cognitivos como ‘pensar para hablar’. Según Slobin (1996:71-76) los

conceptos de ‘pensamiento’ y ‘lenguaje’ se deben de cambiar por los términos ‘pensando’ y ‘hablando’. Para entender y usar una lengua extranjera hay que llegar a las unidades mínimas de pensamiento con las cuales formulan y combinan sus ideas los hablantes de esa lengua. Según Slobin, quien ha trabajado con diferentes imágenes pidiendo a personas de distintas lenguas (español, inglés, alemán y hebreo) que expresaran verbalmente lo que veían, los resultados evidencian que los hablantes ingleses son conducidos por su lengua a expresar si un evento está o no en progreso; los hablantes españoles son conducidos a notar si el evento ha sido completado; los hablantes alemanes son conducidos a formular elaboradas descripciones de las trayectorias y los hablantes hebreos se sienten indiferentes a la hora de concebir el evento como durativo o limitado en el tiempo. El mismo experimento de enseñar el dibujo a hablantes de otras lenguas daría, sin duda alguna, resultados diferentes en los que aparecería cuáles son los elementos que cada lengua enfatiza en su análisis de la realidad. Por otra parte, ciertas distinciones que una lengua es capaz de hacer y otras ignoran constituyen un obstáculo para el aprendizaje de una lengua extranjera. Así, para los hablantes de inglés es difícil dominar la distinción perfectivo-imperfectivo que hace el español y que falta en inglés. Tal distinción sin embargo no es problema para los franceses que tienen una categoría similar en su lengua. En suma, aprender una lengua extranjera significa aprender a ver y captar la realidad para poder ‘pensar’ el mundo desde una óptica determinada y una vez así pensado, expresarlo a los demás.

Distinciones lingüísticas y conciencia cognitiva.

Hablar es una actividad automática que no exige reflexión al hablante. Sin embargo, el lenguaje no es identificable automáticamente con el pensamiento. Los humanos son capaces de pensar en parte sin lenguaje y a contracorriente del lenguaje. La historia de las civilizaciones no se hubiera producido de no ser esto así. Con todo, la influencia del lenguaje sobre los hábitos de pensamiento de los individuos es grande, especialmente en los aspectos más automáticos como es la gramática. También en el léxico, cuando la lengua utiliza un mismo término para distintas realidades, el hablante tiende a asumir automática y acríticamente que las realidades designadas son fundamentalmente idénticas y en ocasiones llega a la aceptación total de que un signo de su lengua corresponde a una realidad objetiva indiscutible. Así, los españoles creen que el *suelo* es una realidad objetiva y sólo, quizá al aprender inglés, se dan cuenta de que esta realidad puede subdividirse, como se hace en inglés con los términos *ground* y *floor*. Para un español el ‘caer’ referido a personas, cosas, animales, caer un fruto, una hoja, caer la lluvia, la nieve, una casa, etc., son la misma acción o suceso; sin embargo para un hablante de wolof, de navajo o de haida tales hechos serían considerados como acciones diferentes.

El problema de la capacidad de distinción cognitiva sometida a la influencia de estructura y diseño de una lengua se puede plantear teóricamente mediante las siguientes posibilidades:

1) Indiferenciación. Si en una lengua se utiliza la misma palabra para distintas realidades, casi con toda seguridad dicha comunidad no ha llegado a establecer distinciones nocionales. Así, el navajo utiliza la misma palabra, *'ats'ò:s* para venas, arterias y nervios, porque los tejidos nerviosos que ven, p.ej., mientras sacrifican una oveja, los identifican con los vasos sanguíneos.

2) Diferenciación clara. Las diferencias entre la estructura del lenguaje y la del mundo son tan evidentes en ciertos casos que el hablante no puede menos que notar que utiliza la misma palabra para distintas realidades. En todas las lenguas del mundo la polisemia es un instrumento de ampliación de la capacidad designacional del léxico. En dyirbal (Dixon, 1980:105) el sustantivo *mija* tiene los siguientes significados: (1) cabaña, (2) lugar donde un número de personas acampan levantando cobertizos temporales, (3) el grupo de personas acampadas en un lugar particular, (4) cualquier sitio de acampada pasado o potencial, (5) cualquier lugar, (6) cualquier zona del país, (7) el mundo (como cuando se dice 'Dios hizo el mundo'), (8) el cubil, nido de cualquier animal, por ejemplo el 'avispero' de la avispa. Estudiando la polisemia de una palabra se pueden detectar casi siempre los hilos conductores que han posibilitado las sucesivas extensiones semánticas.

3) Diferenciación matizada. Según Comrie (1992), los haruai tienen una palabra genérica (*yöwr*) para pájaros y murciélagos. Los haruai, sin embargo, son perfectamente conscientes de la diferencia entre pájaros y murciélagos, p.ej. en que unos tienen plumas y otros piel con pelo, en que unos ponen huevos y otros no los ponen. En términos funcionales, sin embargo, las similitudes son suficientes para agruparlos en la misma clase, aunque en esta clase los pájaros voladores forman el núcleo de la clase y los murciélagos son sólo una extensión.

Sobre la conciencia de las diferencias ontológicas subyacentes a indiscriminaciones lingüísticas es difícil hacer juicios tajantes por diversas razones. El lenguaje es un hábito automático e inconsciente y rara vez reflexivo. Existe para los hablantes de muchas lenguas un extraño vínculo sagrado y mágico que liga al referente con el término que lo designa. En nuestra cultura desde los griegos, este vínculo que liga a la palabra con el referente ha sido cuestionado y analizado. Pero, a pesar de una larga tradición filosófica, para la mayoría de los hablantes de las lenguas el lazo que une a la palabra con las cosas que denomina es natural e incuestionable. Los griegos cometieron el sacrilegio de poner en duda la sacralidad del vínculo simbólico y problematizaron la relación entre las cosas

y las palabras, y las palabras, las ideas y las cosas. Al hacerlo rompieron en parte la magia de la palabra e iniciaron el pensamiento filosófico.

Es difícil precisar hasta qué punto toda lengua es una conspiración para imponer una visión engañosa sobre las evidencias inmediatas que el hablante tiene de la realidad. No podemos decir hasta qué punto el lenguaje es engañoso porque carecemos de un punto de referencia objetivo de la realidad, es decir, no sabemos cómo sería el mundo sin lenguaje o con otro lenguaje más científico y fidedigno. Algunos lingüistas como Wierzbicka (c.p.) piensan que el español, que usa ‘dedo’ tanto para las extremidades de las manos como para las de los pies, es perfectamente consciente de que está hablando de dos realidades distintas, es decir, está utilizando un signo polisémico. El español sabría también de tales diferencias como el hablante del inglés que utiliza *toe* y *finger*. En realidad un español tiene una noción de ‘dedo’ que incluye tanto los de la mano como los del pie, tanto el dedo gordo como el meñique y no piensa que, a pesar de que sean diferentes, existen cinco acepciones de ‘dedo’ (gordo, índice, corazón, anular y meñique). De igual manera, un español piensa que una ‘uña’ es una ‘uña’, independientemente de que sea del pie o de la mano; en primer lugar, la esencialidad de lo que es ‘uña’ y, en segundo lugar, su circunstancialidad de que sea del dedo pulgar, del meñique o de un dedo del pie.

Naturalmente que en otras ocasiones sí existen verdaderos casos de polisemia. En el conocido esquema de Hjelmslev (1943 [1971: 80-81]) aparece la palabra *bois* que cabe interpretarla de diferentes maneras. Una interpretación máxima sería que el hablante francés, que tiene la palabra *bois* para ‘madera’, ‘leña’ y ‘bosque’ no fuera capaz de distinguir entre estas. La otra posición es que, a pesar de que el francés tenga la misma palabra para ‘bosque’ y ‘madera’, porque su lengua le obliga a la utilización de un signo polisémico, conceptualmente distingue perfectamente entre ellos, de la misma manera que un italiano distingue perfectamente al hijo de su hija y al hijo de su hermano, aunque dispone de un solo término homónimo (*nipote*) para designar a ambos donde el español tiene respectivamente los términos ‘nieto’ y ‘sobrino’. Quizá sin embargo el francés no tenga tan clara la distinción entre *bois* ‘leña’ y *bois* ‘madera’ ya que esta distinción no es objetivamente importante. De la misma manera el hablante español utiliza el término ‘carne’ tanto para la carne humana (inglés *flesh*) como para la carne en general, especialmente carne para comer (inglés *meat*), categorizándola como un continuo de realidades indiferenciado.

En conclusión, el problema de la distinción cognitiva en correlación con las distinciones o subsunciones lingüísticas no se resuelve con una alternativa *todo/nada* sino con un acercamiento *más/menos*. La fórmula general de partida para comprender este aspecto del lenguaje podría ser ‘hipostasia, que algo queda’. Hipostasiar o reificar

es tratar o considerar una abstracción como si tuviese una existencia material verdadera. Los lexemas de una lengua suelen tener un valor absoluto e inmediato para el hablante ingenuo. Personas que usan diferentes palabras para realidades similares son, pese a ello, capaces de establecer asociaciones y también discriminaciones entre ambas. Así, un hablante español sabe que las ‘patas’ de los animales están más próximas a las ‘piernas’ de los humanos que, p.ej., a sus ‘brazos’. De la misma manera, un inglés o cualquier hablante germánico que distinga entre ‘dedo del pie’ y ‘dedo de la mano’ es capaz de establecer un vínculo entre ambos. Cada lengua enfatiza y favorece la captación de determinadas distinciones en detrimento de otras, pero no tiene un poder absoluto para borrar las evidencias físicas captables perceptualmente de manera universal por cualquier persona sea cual sea su lengua.